



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

FANTASIA CORAL

1958

*
*
*
*

© Rolando Diez de Medina, 2004
La Paz – Bolivia

Viñetas y carátula Arq. Raúl Calderón Soria

INDICE

I

[FANTASÍA CORAL](#)

II

[INSURGENCIA DE LA NUEVA AMERICA](#)

[BOLIVIA, EL ASTRO IGNORADO](#)

[RICARDO ROJAS](#)

[ALCIDE D'ORBIGNY](#)

[EL CONCEPTO DE IMPERIO NO CUAJA EN NUESTRA AMERICA](#)

III

[GAMALIEL CHURATA y "EL PEZ DE ORO"](#)

[OSCARA CERRUTO y "CIFRA DE LAS ROSAS"](#)

[RICARDO JAIMES FREYRE](#)

[AGUSTÍN ASPIAZU](#)

IV

[AUGUSTO CESPEDES y "EL DICTADOR SUICIDA"](#)

[HISTORIA COMO CIENCIA Y DISCIPLINA](#)

[RECTIFICACIONES AL ARTICULO DE AUGUSTO CESPEDES](#)

[ANÁLISIS DEL CAPITULO V: "EL GOBIERNO PLEBEYO".](#)

[FORMACIÓN DE LA HISTORIA NACIONAL](#)

[POLÉMICA CON PUNTO FINAL](#)

V

[ACHACHILA-KURSANI](#)

[Comentario de F.D.de M.](#)

¿Por qué música, política, historia, ética y estética del escritor, hombres y libros de América, crítica, polémica, goces del paisaje?

Porque así se labra nuestro quehacer. El árbol y la nube. Prisas que se desvanecen en la fuga de los días. Clavas que se ahondan por la eterna noche. Estamos hechos de evasión y permanencia...

Y si el vivir vertiginoso, tenso, no te deja transcurrir en el "tempo" sereno de la sonata clásica, toda ella contenida en su propia perfección y señorío, ensaya el tumulto de un coral fantástico: dolor, inquietud, deber, belleza son sus temas.

¡Oh Patria, más amada cuanto más desventurada! A tí consagro. Porque nada es tan terrible, tan maravilloso, como estar solo en el mundo furioso de los hombres.

FANTASÍA CORAL

Una hermosa montaña alza sus líneas puras en el cóncavo horizonte. Sube tan intrépida que finge una flecha disparada hacia el cobalto de los cielos. Caen sus flancos tan grávidos de majestad que se aploman señorial es y se apoderan de la tierra inmensa. Terror, fascinación. Vista así, de cerca, en la proximidad deslumbrante de sus masas y sus ángulos certeros, la montaña aparece como un himno de virtud. Pero sucede, a veces, que el encantamiento paisajil se rompe, sufre un dislocamiento brusco: nos alejamos del bloque armonioso, tomamos distancia, y de pronto una masa mayor cubre todo con su poderosa arquitectura. Absorbe los accidentes del paisaje, apaga luces y formas, y es tan irresistible su presencia, que aquel que mira al nuevo coloso no puede ya pensar en eminencia alguna. Y el monte menor es devorado por el mayor monte.

Así ocurre con la "Fantasía Coral" y la "Novena". Quien se sumerge en el océano sublime, en el ímpetu sacro de tragedia griega que sacude la última sinfonía, domado y subyugado, ya no tiene fuerza ni campo de visión abierto para acercarse a la Op. 80.

¿Qué ésta va larvada en aquélla? No tal. Semejanza, coincidencias temáticas, desarrollo técnico no significan igualdad. Críticos y musicólogos confundieron lo apariencial con las esencias. Diré, pues, que no obstante las aproximaciones indudables entre ambas, no es lícito unimismar la catedral azul de la *Novena* con las torres blancas del castillo fantástico que diseñan las notas de la *Fantasía Coral*.

La *Novena* es una cordillera: dilatada, compuesta de cumbres y abismos; su extensión misma, su energía ciclópea la sustraen a una síntesis comprensiva. Abruma, escapa. Pero la Op. 80, tal vez menos grandiosa en su estructura formal, está más cerca del que mira y del melómano. Su visualización es tan nítida como dócil el curso del torrente sonoro. Parece una montaña que se eleva en un pináculo de nieve. La vemos íntegra, perfecta. Sus líneas se cruzan y se ajustan con tal armonía que es como si revelaran el secreto íntimo de Beethoven; esa ternura, esa energía que se disputaron su alma. O para decirlo con palabras de Rolland: la tragedia interior, esa tierra potente y cálida cuya flor es la música.

¿Cómo expresar en palabras esta conjunción potentísima de ciencia y de belleza?

La *Fantasía Coral* revela un dominio espantable de la técnica constructiva, un vuelo indecible de la imaginación poética. Beethoven se sumerge en los huracanes del espíritu, extrae sus corrientes misteriosas, encontradas, y las transvierte luego en sublimes armonías que regresan al corazón humano como dioses terribles y vencidos.

Es la tempestad romántica petrificada en la columna clásica.

Sólo el gran sordo podía ligar con docilidad admirable el tumulto rítmico y melódico del piano, con la plural concertación de flauta, trompa, fagot, clarinete, oboe; reunir los trágicos estallidos de la orquesta bajo el canto potente de los coros; y lanzarlo todo hacia lo alto, en oleaje furioso y contenido al mismo tiempo. La grandeza dramática, el esplendor estético de la música, jamás se dieron en enlace tan exacto.

¿Qué es la Op. 80? Como toda cima beethoviana: cifra del mundo, clave del hombre.

Hombre y mundo, tierra y cielo en concierto de sonidos. Nadie fué más lejos; nadie regresó tan hondo. Es la alegría que cabalga en los flancos del dolor. Hay un batallar de luces y de sombras. Ternuras melancólicas, júbilos hirvientes. La extrema delicadeza va del brazo de una salvaje energía. El piano arrastra y arrebatada al que escucha: la potente alegría y el dolor poderoso hacen de corceles, el carro alado se sumerge en el torbellino de la orquesta; y se remonta finalmente en el éxtasis coral, flecha de luz que viaja a las estrellas. A las lejanías del imposible sueño...

Fantasía Coral: dolor del mundo, universal deliquio.

¿Es que el hombre entra en la música, es que la música invade al hombre? No se descifró el enigma. No sabemos si la hacemos o si somos por ella modelados. Pero Beethoven es el que más cerca anduvo por el peligroso desfiladero, al filo mismo del abismo. Todo cuanto se expresa musicalmente ¿es un movimiento interior? Todo movimiento interior ¿vuelve a la música? Y si ella fuera sólo una forma del espíritu, y si el espíritu sólo terminara en ella...

Comienza el drama como todas las grandes obras del genio: la invocación al destino. Son tres toques vibrantes del piano: hondos, graves, resonantes. No es el destino que llama a tu puerta —como en la Quinta Sinfonía—. Es el hombre que impreca al hado y le arroja su desafío viril. Ni Hamlet, ni Fausto, ni el Quijote superan en profundidad psicológica a este monólogo sublime del piano que recorre toda la gama de la proeza humana. Aquí están orgullo y cólera, demonios altaneros; y también belleza y ternura, arcángeles de gloria. El dueño del ensueño y del recuerdo, es también el amo del combate y de la fuerza. Luego unos diálogos entre piano y orquesta; ciertos coloquios entre las cuerdas y los instrumentos de viento; juegos tan hermosos del sonido que pasa en bruscas transiciones del "crescendo" al "piano", que se diría una muchedumbre que implora y espera, que exige y amenaza, que sufre y se estremece de júbilo a la vez.

¿Por qué buscar en la tragedia griega o en el drama moderno el paso y el trazo del hombre?

Beethoven, más que Sófocles o Eurípides, más que el Fausto goethiano, tan hondo como Shakespeare, es el taumaturgo revelador del alma moderna. Nadie comprendió mejor en su total heroicidad, en su lamentable pequeñez al ser vivo. Esos llamados misteriosos del piano, que brotan de una tenue penumbra melancólica, y a los que la orquesta contesta en un ritmo de marcha imperial ¿no son el símbolo de la vida misma, toda hecha de victorias y derrumbes? Esa pregunta dramática al destino, que las notas formulan en sonos graves y patéticos y las notas mismas responden en tumultos coléricos ¿no constituyen una demostración del credo del artista: esperanza que haces a los corazones de acero? Y ese coloquio del piano y de la flauta, transido de ternezas y sutiles claridades que el oboe difunde ¿no es como una introducción de la inteligencia discursiva al estallido báquico de las explosiones orquestales?

Se diría el gigante que veía Schindler, llevando a cabo furioso el asalto al cielo. Dijérase también el serafín vencido, en una intimidad de sentimiento y de expresión que el hombre ignoró hasta la época del testador de Heiligenstadt.

La *Fantasía Coral* es el drama del alma transvertido en música. Nadie comprendió, anticipó ni manifestó mejor la multiplicidad aterradora del moderno como este genio que lo sentía todo. El espíritu inasible, ultra-dinámico, inquieto siempre, perpetuamente herido de nuestra época nadie lo captó y redujo a términos sonoros como el coloso de las nueve sinfonías. El pasado en su belleza estatuaria, el futuro en su enigmático esplendor, el presente alado, efímero, relampagueante, solo a través del habla mágica de Beethoven se entienden en su grande y concertada enarmonía.

"¡Muestra tu poder Destino!" Fué la divisa del genio, la clave de su lucha. Porque los artistas —dirá otra vez— son dé fuego: no lloran. Y en la Op 80 esa pugna con los hados brota del fondo psíquico y se proyecta en toda la exterior arquitectura. La música está como encadenada al tema, que es una sucesión de raptos rebeldes y tensiones dominadas. Una sabia dirección conduce el lenguaje sonoro del monólogo al diálogo, del diálogo a la conversación múltiple, y de ésta al clamoreo armonioso de piano, orquesta y coros. El más tenso ordenador de tristeza y alegrías, escalona sagazmente su canto poliédrico y afacetado, La aérea ligereza melódica se entrecruza con la sonoridad baja y profunda. Un recogimiento del pensar, un desbordamiento hacia la acción. Y una fantasía que se remonta con ímpetu de águila.

Beethoven —ha dicho el más profundo de sus biógrafos— es una de las grandes horas del hombre, Es nuestro canto de aspiración a la paz y a la alegría, en medio del dolor y del combate.

Así la Op, 80, no hermana menor, sino criatura libre y violenta, distinta de la *Novena* porque sólo a sí misma se iguala, es en el fondo la historia del hombre, la historia de los hombres, narrada por el músico de inspiración más ardiente y de poder lírico más hondo y recogido.

Cuando el tejido coral termina su malla de oro y se dispara a las alturas, todavía el piano responde con cinco acordes bajos y profundos: osada y enérgica contestación del alma a las incitaciones tumultuosas del mundo que intenta dominar.

Alma y mundo en explosión delirante que la forma musical ajusta y recorta con severa economía. He aquí la Op. 80, El espíritu de Dios flota en las notas: Es humana y es divina. Aunque se vierta entera, siempre guardará el misterio recóndito del arcano que la inspiró. Jamás el prisma de la imaginación reverberó más vivaz sobre las arquitecturas puras e intrincadas de la inteligencia.

La envidia noble: comprender que nunca la pluma, podrá alzarse a los cielos estrellados donde gira la *Fantasia Coral*.

Gracias te sean dadas, Señor, por Beethoven, padre del dolor conmovido que purifica, padre también del júbilo que aclara y fortalece. Y por la *Fantasia con Coros*, hija de su genio, que a los hombres nos fué donada en gracia del Espíritu.



II

INSURGENCIA DE LA NUEVA AMERICA

"La América Latina y el Principio de la Cooperación" —sostiene el senador Assis Chateaubriand, en un brillante artículo que leímos con vivo interés porque atañe al destino general del continente.

El vibrante llamado del publicista brasileño reposa en dos ideas angulares: aproximación política de nuestros pueblos, y apertura de los mercados nacionales al capital europeo y norteamericano, única fuerza —a juicio suyo— capaz de compensar nuestra inmadurez social y nuestra adversa geografía. Ideas muy respetables, ciertamente, pero también muy discutibles según el ángulo de enfoque. No es lo mismo hablar de acercamiento desde Río de Janeiro que desde La Paz; ni soportar la presión capitalista de inversiones cuando en algunos casos se trata de economías orgánicas, y en otros de economías subdesarrolladas o en formación.

Es que América, la nuestra, la del Centro, la del Sur, es un mosaico de pueblos, de costumbres, de diversidades económicas, que no es dable medir con una sola vara.

Las dos ideas fundamentales del senador Chateaubriand, van seguidas por dos negaciones inadmisibles para quienes conocen la realidad viva de América: el repudio de la posición nacionalista, y el "mito del aborígen", afirmaciones extremas en labios de un conductor de opinión continental.

Vamos por partes.

¿Qué entendemos por aproximación, cómo deben cooperar las naciones americanas?

Lo primero que exigen nuestros pueblos, lo primordial para nuestra conciencia de hombres libres es la igualdad de trato. Porque no basta el principio jurídico de que los Estados son iguales entre sí; hay que cristalizar esa conquista democrática con los hechos. Prescindamos, por ahora, dado lo escabroso del asunto, de la sutil hegemonía política, de las presiones económicas que ejercen los grandes contra los chicos. Mal inevitable —mal necesario diría Chateaubriand— que nadie puede contener, porque pertenece a la biología convivencial de las naciones. Pero aun soslayando el fondo del asunto, surge la pregunta: ¿aproximación o sometimiento?

En las conferencias continentales —políticas, económicas o culturales— se advierte nítidamente tres frentes: el que forman los EE.UU., Brasil y Argentina, casi siempre unidos por su posición de líderes con mayor potencial financiero; el de las naciones de fuerza media —por ejemplo Venezuela, Colombia, Chile, Perú, Uruguay—; y el núcleo de los pueblos menores, como Bolivia, Ecuador, Paraguay, naciones centroamericanas, etc. México, el cuarto de los cuatro grandes del continente, a nuestro juicio el más americano de los pueblos de América, porque en su suelo la libertad es un dogma y la conciencia de lo fidedigno resiste victoriosamente el doble asalto de Europa y Norteamérica, juega un papel especial: es el abanderado de la Nueva América, la que anhelamos construir desde la propia interioridad, sin desprecio por la marejada inversionista ni por las técnicas de Occidente, mas con primacía de las necesidades vitales de nuestros pueblos, que no quieren ser ya caricaturas tropicales de civilizaciones vetustas, sino creadores de cultura con predominio de sus formas seculares de pensamiento y de acción.

Aproximarse, bien. Pero en igualdad de trato, en equidad de relación. La "rebelión de los pueblos débiles" de que hablara un ensayista colombiano, es hoy un hecho indiscutible. No queremos capitanías oficiosas. En el plano internacional, quien aspire a comandar, debe hacerlo en función auténtica de conductor: respondiendo por ese mando, sintiéndose servidor antes que piloto de una vida en común.

Si avanzamos a la meta de los Estados Unidos del Centro y los Estados Unidos del Sur, que sea por el camino de lo veraz y lo justo.

La era de los continentes que avizora Chateaubriand, exige, previamente, un sistema ético, una moral internacional que sirva de soporte a la gran edificación material que se avecina.

Entre pueblos como entre hombres, respetos guardan respetos. Esa "tolerancia recíproca" que se preconiza como el mejor instrumento de coexistencia entre naciones, exige que hablemos y obremos verdaderamente entre iguales. Avasallamiento, no. Entendimiento leal, sí.

En cierto sentido, la geografía conforma la política. Hay una América Atlántica y otra Pacífica. ¿Pero se ha dado su valor adecuado a la América de las tierras interiores? Allí no están los grandes estuarios, las urbes populosas, las economías industriales que abren las compuertas de la civilización; sin embargo allí subyacen las incalculables energías de un futuro próximo. Tuvo razón Sarmiento —viejo profeta— cuando opuso la provincia a la ciudad. Esta era de masas, de campesinos despertares, ha de llevar la fuerza pánica a las urbes. El hombre telúrico tendrá nuevo sitio junto al hombre intelectualizado. Y sólo de estas migraciones

silenciosas, de estos vastos desplazamientos multitudinarios, de este doble juego demográfico de la periferia al centro y de las tierras interiores al límite distante, surgirá en plenitud la América futura, la que está ya en principio de insurgencia: ansiosa de libertad política, de independencia económica, de soberanía de la persona con todos sus atributos de vida y pensamiento.

¿Aproximar gobiernos, acercar capitales, intercambiar economías? No basta. Es más urgente que los pueblos se conozcan entre sí. Por ejemplo: que jóvenes brasileños vengan a padecer con nosotros absorbiendo las dificultades de nuestra reforma agraria, para comprender y transmitir la dura y valerosa enseñanza de este movimiento de liberación campesina que trasciende al continente. Por ejemplo, también: que jóvenes bolivianos vayan al Brasil y se saturen de ese espíritu territorial que levanta ciudades en la selva.

Las políticas nacionales no se hacen —no se deben hacer— hoy desde los gabinetes. Otean, extraen sus líneas conductoras del mundo vivo, de su tonalidad física y espiritual. No hay previsión sociológica. Es el hombre de América el que dictará sus propias formas políticas y sociales.

Ciertamente: el aislamiento en el mundo actual es suicida. En esto Chateaubriand tiene razón. Pero aproximarse sin perderse. Esto es lo que pide la Nueva América, patria natural de libertad y personalidad.

Tocante a la tarea fertilizante de los Puntos IV privados y de las estructuras financieras internacionales que apunta el senador brasileño, sería materia de otro artículo. Baste una observación: muchos nacionalistas de la América del Sur aceptamos y agradecemos la cooperación económica, cuando ella viene en términos justos. Lucro, amistad, equidad no se excluyen. Se trata sólo de encontrar el punto medio entre economía y política, para no convertir a naciones débiles en semifeudos coloniales. Desarrollo orgánico del potencial económico con ayuda extranjera, sí. Enajenación de soberanía y explotación incondicionada de materias primas, no.

Esto no supone jacobinismo. Es más bien razón de vida, americanismo práctico. O en otros términos: libertad con dignidad. Cooperación económica sin absorción.

Pasemos a las negaciones.

¿Por qué hablar de un "raquitismo nacionalista" si el pluralismo político y la diversidad de evolución social, no admiten similitudes de juicio en materia de doctrina?

Cabe aquí el distingo: no es lo mismo el "nacionalismo europeo" que el "nacionalismo sudamericano", ni como filosofía política, ni como sistema de vida. Allí la actitud imperialista, agresiva, totalitaria, negadora de la dignidad humana; aquí la filiación cristiana y democrática, que defiende los valores materiales y espirituales sin desmedro del individuo ni exclusión de lo extranjero.

Verdad que algunas veces la posición nacionalista desemboca en la deformación dictatorial, enfermedad típica de pueblos jóvenes y viejos, más ello no justifica la crítica radical y general. El paralelo entre "nacionalismo y comunismo" a que alude el senador brasileño, está fuera de lugar respecto al marco sudamericano. Al contrario: la prédica nacionalista conduce, precisamente, a la democracia de hecho. No juzguemos el mal circunstancial, los abusos de poder que acarrearón la Revolución Mexicana, el "Novo Orden" en el Brasil, o el "Justicialismo" en la Argentina. Males fueron y sería inútil defenderlos. Pero nadie podrá negar que sin Villas y Zapatas, sin Vargas y Perón, América no viviría el siglo XX, sino el XIX.

El enfoque es, pues, al revés: aun con sus errores, el nacionalismo, válvula de escape a la explotación colonial de adentro y de afuera, ha servido para evitar que estas comunidades nacientes deriven hacia la oclocracia comunista.

Análogamente, el socialismo centro o sudamericano, no es lo mismo que el socialismo científico, dogmático y cerrado, clasista de los occidentales. Descontados yerros y defectos, gobiernos tuvo nuestra América de tendencia social, francamente constructivos. Por ejemplo

Cárdenas en México, o Paz Estenssoro y Siles Zuazo en Bolivia. Toda la masa nacional los sigue y los respalda, no por consigna o por presión, sino por instinto de vida, por decisión concienzuda, ligado el interés de las mayorías a la intuición de sus conductores.

Chateaubriand teoriza desde un gabinete, sin advertir que la política es hoy problema de muchedumbre, necesidad vital, distinta para cada pueblo y circunstancia de su acontecer histórico.

Que la democracia es el gran ideal común de América, aceptado. Esto no impide que cada grupo nacional escoja su propia y transitoria modalidad política. La idea nacional —en el siglo XX y en nuestra América— no es "hermética", no puede serlo. Es de orden abierto, una etapa para avanzar a una organización mejor. Y mientras existan mayorías analfabetas, privadas de acceso a los elementales medios de vida de la civilización, seguirá siendo anhelo y cifra, el instrumento de realización más positivo de los pueblos en crisis de crecimiento.

Queremos libertad política, interdependencia económica con dignidad, equilibrio social. Cierto que las "instituciones libres" tonifican a los pueblos. ¿Pero de qué libertad, de qué institucionalismo normativo hablaremos a las muchedumbres, si la madurez de las sociedades solo se alcanza cuando política y economía superan el liberalismo desaprensivo y la hipertrofia plutocrática?

Recordemos la aguda profecía de Toynbee: "llegará tiempo en que existan estados nacionalistas y socialistas al mismo tiempo". La mejor distribución de la riqueza, la aproximación de las clases por un "status" económico, la idea nacional como método de acción frente a los colonialismos comerciales, es casi un derecho a la vida que ninguna teoría doctrinal puede negar a nuestros pueblos en formación.

Aquello del "mito del aborigen" suena él ligereza si no fuera desafío. Debemos recogerlo.

América —la del Centro, la del Sur— fluye de tres venas. La hispano-lusitana-europea; la indígena; la mestiza resultante del choque de las dos primeras. Todo ello soporta, hoy, la presión económica, técnica y cultural de la civilización norteamericana. El hombre del continente no se explica sin los tres ingredientes: occidental, autóctono, criollo o mestizo.

Es posible que Brasil, país excesivamente grande, aun muy joven, ignore todavía su ancestral genealogía. Pero naciones tiene la América insurgente —México, Perú, Bolivia, Ecuador, Guatemala, Honduras— que con todo su ímpetu de progreso jamás podrían renegar del aborigen nativo. No es que postulemos una América india, la regresión a un pasado abolido. Absurdo. Tampoco el mestizaje encontrado. Menos aún, el trasplante aluvional. Ni sólo Europa, ni sólo el mestizo, ni el indio sólo. Mas bien un fermento compuesto, una hoja tridentada. La unidad de tres que hacen uno. De uno que sólo se explica por tres.

Juárez, el mexicano; Sarmiento, el argentino; Darío, el nicaragüense; ¿habrían sido posibles sin la genialidad aborigen latiendo por sus venas?

Libertad, cultura, en cierto modo vinieron de fuera. Suelo, raza, tradición, formas arquetípicas de vida prosperan desde adentro. Y no se insista demasiado en el molde cosmopolita, que del mucho imitar derivan hibridismo y decadencia.

No todo ha de ser rascacielos, puentes, fábricas, usinas de energía, literatura comercial. El hombre inédito de América —que todavía no le conocemos ni entendemos bien— es el misterio mayor de la grandiosa integración futura. Debemos romper el sello milenarista y abrirnos para el mundo, como apunta Antenor Orrego, pero el esclarecimiento definitorio no será sólo empresa de investigación y ciencia; hará falta también una información precisa, el conocimiento de nuestra plural diversidad, una cierta sensibilidad, de juicio y sentimiento que brote del drama lancinante de nuestras sociedades en retraso.

Río de Janeiro, San Pablo, Buenos Aires por bellas y vastas que sean, no alcanzan a integrar la autenticidad de América. Hay mucho atrás, más profundo, desconocido casi, que escapa a la visión rápida y superficial de los "magazines".

Esto es lo que debe hacer meditar al senador Chateaubriand. Y si "OCRUZEIRO" quiere ser "un desafío al desierto" que separa a los pueblos de América, debe comenzar por recorrer sus arenas paso a paso, con abnegación y sacrificio, con "amor", con pasión de comprender.

Porque no hay forma más elevada de conocimiento que el don de amar, de acercarse con humildad a lo que se quiere conocer.

Porque el único denominador común y posible para estos pueblos que viven en soledad y recíproca ignorancia, es la amistad desinteresada.

No con frases bellas, más con hechos nobles se ha de construir la Nueva América.

Y la mayor nobleza será abolir mayorazgos y primogenituras en la sociedad continental. Fraternos entre iguales. Nada más que la verdad. Nada menos que toda la verdad. Sólo así seremos dignos del futuro grandioso que soñó Bolívar, nuestro Padre.



BOLIVIA, EL ASTRO IGNORADO

En el corazón de la América Meridional, lejos, muy lejos del Atlántico impetuoso al que tienden sus vastas llanuras por las hoyas del Amazonas y del Plata; amurallado el otro flanco por la Gran Cordillera que mira al Pacífico distante; cerrada por bastiones montuosos, abierta en ríos dilatados y aires estratégicos, Bolivia se levanta como un astro ignorado, joven y remoto al mismo tiempo.

Imaginad un rincón maravilloso del planeta, donde todavía existen el mito y lo desconocido, la variedad y el contraste. Cuatro millones de habitantes se pierden en la inmensidad de un millón de kilómetros cuadrados. El territorio se dispersa en tres venas vigorosas: montañas, valles y llanuras. Se vive al nivel del mar, a 2.000 y a 4.000 metros de altura. Tierra y poblador tienden a lo heterogéneo. Altiplanos, zonas templadas y llanos. En lo racial: blancos, mestizos e indios. Y aún éstos divididos: aimaras, quechuas y orientales. Pero la fusión demográfica se curva hacia arriba: un mestizaje fuerte y renovado, el tipo criollo, vértebra fecunda de americanidad que trata de incorporar los núcleos nativos a la civilización moderna.

Es un depósito virgen. Lo tiene todo. Cordilleras mineralizadas, valles feracísimos, llanuras ubérrimas. Climas y paisajes para contener a cien millones de almas. Le faltan capitales, brazos, caminos. La tierra sobra, el habitante acoge.

¿Qué es Bolivia? Vista en su crisis de crecimiento, una dura realidad; avizorada en su potencial futuro una gran esperanza.

Por su naturaleza física, por su población indómita, el país andino acusa personalidad definitoria. Atrae, subyuga, irradia magia. Tiene color, sabor. Áreas invioladas para el descubrimiento y la aventura. Y unos modos de vida y unas tales excelencias de sentido, que embrujan el alma de incitaciones desmedidas.

Bolivia, suelo imantado, deslumbra al turista y arraiga al poblador.

La naturaleza se entrega difícilmente al hombre pero la entrega es total y responde al riesgo. Aquí las minas fabulosas, las industrias nacientes, las empresas agrícolas. Estaño, wolfram, petróleo, ingenios azucareros, goma, café, textiles, manufacturas. En pequeña escala si se mide el proceso económico con la tensión cosmopolita, en esfuerzo intensivo si se considera que la nación comienza a despertar recién hace cuatro años.

Porque si históricamente Bolivia es país libre desde 1825, sociológicamente siguió presa del retraso colonial y del liberalismo vetusto. En política, en economía, se gobernaba para una minoría de familias acomodadas, a espaldas del drama humano de las grandes mayorías. El indio era igual a cero. El mestizo poco pesaba. Sólo el blanco o el criollo europeizado controlaban banca, industria, comercio, cultura. No éramos nación en el sentido decisivo, en la estructura orgánica del término. Sólo un inmenso feudo explotado en provecho de unos pocos y a costa del trabajo de muchos.

En abril de 1952, la Revolución Nacionalista acaudillada por Víctor Paz Estenssoro y Hernán Siles Zuazo, creó una nueva relación de fuerzas económicas y sociales después de demoler el arcaico sistema social que regía la vida nacional. El régimen feudal minero, basado en una oligarquía plutocrática, dio paso a un irresistible movimiento democrático donde el pueblo y las clases medias hicieron oír su voz. Este nacionalismo insurgente no es agresivo, imperialista, totalitario como el europeo, que aniquiló al hombre en beneficio del Estado, sino más bien de raíz cristiana, de filiación social democrática; busca la exaltación de todos los valores materiales y morales del país, pero sin desmedro de la dignidad de la persona.

Sólo dos revoluciones profundas hubo en la América Latina: la mexicana en 1910, que se acentúa en 1917, y la boliviana de 1952.

Nuestra revolución nacionalista ha dado ya, a pesar de las imperfecciones y las fallas que somos los primeros en reconocer, frutos sazonados. ¿Que algunos sufren el impacto económico que los privó de hacienda y rentas? Evidente. ¿Que la inflación monetaria es el precio exigido por el rescate del todo un pueblo? Verdad. ¿Que un sacudimiento formidable ha conmovido a la sociedad nacional desplazando la riqueza y la influencia política a nuevas zonas humanas? Cierto.

Pero las conquistas ganadas *por* el pueblo boliviano saltan a la vista como manzanas doradas.

Las grandes minas nacionalizadas, aún atravesando una etapa crítica de producción, trabajan para el país y no para consorcios extranjeros. La reforma agraria ha dado la tenencia de la tierra a quien la trabaja: al indio, al campesino, extirpando el latifundio improductivo. El voto universal, que comprende al analfabeto, incorpora las mayorías trabajadoras a la ciudadanía efectiva. La reforma educacional lleva la enseñanza a campos, minas, fábricas y tiende a formar técnicos donde antes sólo se admitía el saber humanístico. El ejército dejó de ser parasitario para convertirse en elemento tecnificado y productor: hace caminos y explota granjas agrícolas. La economía de monoprodutora evoluciona a diversificada; ya no sólo viviremos del estaño y otros minerales, porque el petróleo, la industria, la agricultura reciben poderoso estímulo del Estado. Nuestras leyes sociales son las más avanzadas del continente. La carga impositiva recae sobre las rentas mayores y se alivia a las pequeñas. Existen tres grandes proyectos para acrecentar en escala intensiva el potencial hidroeléctrico de Bolivia: el angosto del Bala, el angosto del Pilcomayo, el angosto de La Paz. La revolución ha favorecido la migración interna de habitantes y capitales. Todo cambia y se transforma.

Por encima del desarrollo material, está el hecho humano. Lo significativo de la Revolución Boliviana es el despertar de sus mayorías nativas y trabajadoras. Un aire de orgullosa dignidad distingue al poblador. Mineros, campesinos, fabriles convirtieron el ejército del trabajo en cuerpos militarizados, puramente defensivos. Obreros y clases medias alternan con la nueva clase dirigente: en el Gabinete, en las Cámaras, en las esferas de influencia económica y

cultural. Los presidentes Paz Estenssoro y Siles Zuazo, sus ministros, varios de los líderes del Movimiento Nacionalista Revolucionario, pertenecen a familias tradicionales del país, son de formación universitaria, pero tuvieron la sensibilidad social suficiente para encabezar el movimiento de liberación económica y política ansiado por el pueblo.

Bolivia es el laboratorio de la América del Sur, para políticos, economistas y sociólogos.

Éste sería el trazo político. Veamos, ahora, los rasgos psicológicos, la textura sutil de su vibrante intimidad.

Si nuestra historia es revuelta y encrespada, la geografía dispersa y dislocada, la cosa humana se presenta transida de ternura. El indio silencioso, concentrado en la prisión multicolor de sus ropas. Pintoresca y desenfadada la muchedumbre chola. Diversa, resuelta la capa criolla. Y unos cambios de presión increíbles en el mismo plano social. Un campesino nativo maneja el arado milenario semejante al arado egipcio de hace cuatro mil años; a pocos metros, otro indígena conduce impávido un tractor inglés. Estas diferencias de técnica reflejan claramente el proceso de transformación que sufre el país.

En la meseta o altiplano, el mayor aeropuerto natural del continente, predominan las "punas" frías, adustas. No es fácil la vida a más de 3,000 metros de altura. La Paz, Oruro, Potosí, capitales elevadas, concentran la mayor carga demográfica y dinámica de la nación. Nevados poderosos. Cielo de zafiro, henchido de electricidad. Montañas que parecen dioses. Todo fuerte, directo, varonil. Roca y vacío, en caída perpendicular, alternan con la seca horizontalidad de la meseta. La sierra está más saturada de fuerza creadora, tiene más espíritu que la selva y que los valles. La habitan pueblos montañeses, beligerantes, rudos y tenaces. Acaudilla a la nación. La meseta es lo más fuerte que tiene Bolivia, pero también lo que exige más.

Los valles escalonados como transición entre el altiplano y las tierras bajas, hacen la vida más grata, el esfuerzo mejor recompensado. Queda algo del sopor colonial en sus provincias. Idílico el paisaje, generosa la tierra, dan el acento agrario a la economía. Si el genio indio es montañés, el genio mestizo es valluno. Este suelo intermedio es el que más armoniosamente refleja lo típico sudamericano: ofrendas de la deidad telúrica al privilegiado poblador. Físicamente lo mejor concertado, espiritualmente lo más atractivo del país. Cochabamba, Sucre, Tarija son ciudades deliciosas donde aún se capta el "tempo lento" de un suceder ignorado por las modernas urbes alocadas.

Al fondo el inmenso misterio cósmico de las selvas y los llanos seculares. ¿Qué sabemos de las ingentes riquezas de Santa Cruz, del Beni, de Pando? Muy poco. Son áreas inexploradas, un reservorio geográfico que espera el toque mágico de la colonización, y de la industria. Campo para muchos millones de hombres, tierras y riquezas sin fin. Regiones tan vastas! que cada una llena el perímetro de una o dos naciones europeas. El colonialismo agoniza, pero los Rhodes contemporáneos podrían crear aquí poblaciones, empresas, emporios de producción y de cultura. Y ahora que Santa Cruz despierta al abrazo de hierro de las ferrovías al Brasil y a la Argentina, puede afirmarse aún que oriente y noroeste son la opulencia virgen invitando al dominio organizado del mundo y de las cosas.

Un día Reclús, sabio francés, exclama: "Bolivia es la clave de la bóveda del continente". Otra vez D'Orbigny, galo también, sostiene que es "el recinto geográfico más hermoso del mundo".

Bolivia, sí: el enigma enclavado en el corazón de la América del Sur. Esos lagos misteriosos, esos mares interiores del Titikaka y del Poopó. Esas ruinas antiquísimas, esas piedras inmemoriales talladas por el hombre cósmico del Tiwanaku. Leyendas y tradiciones que cavan en la roca: un pasado tan largo que no alcanza la mirada actual. Un folklore riquísimo de novedades regionales: danzas, músicas, cantos, artesanías, vestimenta. Todo tan viejo, tan nuevo a un tiempo mismo, que no se comprende bien cómo pueblo tan antiguo pudo florecer en ímpetus tan juveniles.

La triple armonía del misterio indio, del empuje mestizo, del señorío hispano, concertados en sudamericano advenimiento.

Confinado en sus altas montañas, en sus valles risueños, en sus bosques y llanos infinitos, el boliviano es tan complejo de estructura psíquica como su atormentada orografía. Pocos lo entienden.

Hace falta el ojo penetrante y amoroso de un artista —Jean Manzón, por ejemplo— para captar los matices sutiles y las delicuescencias escondidas de la gama boliviana: lo tiene todo para entregarlo a pocos, porque estas naciones ricas de interioridad, ajenas todavía al lente cuadrulado de la civilización, sólo envían su mensaje a quienes pulsán las tiorbas de la imaginación y del recuerdo.

Es la tierra nativa por excelencia, lo más entrañablemente sudamericano, la patria viva del folklore, un sueño...

Y el boliviano: suave por fuera, duro por dentro. Cortés, hospitalario si la gente le agrada. Huraño, combatiente, si le disgusta. No andará a la cabeza en técnicas modernas, pero es rico de espíritu y dignidad humana. Proa en el continente.

El avión, la fotografía, el libro, la revista, el cine, la radio, parecen haber agotado las nueve décimas partes del planeta. Pero en ese pequeño segmento de lo desconocido —suelos y pueblos vírgenes— Bolivia asoma su perfil aristado, vario de color y de sentido.

Un mundo inédito que espera todavía su Kipling.

No somos nación grande, ni pueblo rapaz en trance de conquista. Sólo un país original, saturado de esperanza y novedad.

¿Cómo expresar este callar de siglos imán del ojo y filtro de sentidos? Mirando atrás, Bolivia abarca todo el pasado americano; hacia el horizonte que se acerca, un tumulto de montañas que no todos perciben todavía.

La esfinge andina guarda el secreto de un continente.

Y yo diré que para ver, para sentir, para absorber este país de maravilla que no se parece a ninguno, hay que tener limpios los ojos y el corazón sensible. Porque esto es verdaderamente América, la que mira a sí misma, y no la que se copia en el espejo occidental.

Un despertar en el Beni. Un mediodía en Cochabamba. Una experiencia nocturna en La Paz. ¡Bah! Habrá cosas mayores en el mundo, pero más profundas, no.

Y si apuramos el símbolo, veríamos que esa luz verde en filo de oro, que baja de las cumbres de los Andes, es en verdad un mensaje de armonía capaz de conmover el alma fatigada del hombre moderno.



RICARDO ROJAS

Una ardiente juventud. Una madurez luchadora. Una memorable senectud. Nada más que un gran escritor, nada menos que todo un hombre. Desde su patria argentina, este amauta de América se proyectó al continente. Por eso ahora, desde el golfo de México hasta el cabo de Hornos, los hombres del Nuevo Mundo evocan su vida y su, obra singulares.

Fue don Ricardo Rojas un místico de la tierra y de la raza americanas. Perteneció a la promoción espiritual de Ingenieros, de Lugones, de Ugarte, de Palacios, de Capdevila, de Bunge, que en las primeras décadas del siglo ejerció la rectoría del pensamiento continental. Sobrepasando a políticos, sociólogos y poetas, Rojas ancló en pensador. Quiso ser el intérprete de la naciente cultura americana. Si el investigador da a sus libros un fondo arquitectural orgánico, respaldado por el documento y la severidad analítica; el soñador y el idealista se remontan al juego de los símbolos. Sintió el llamado de la tierra, recogió el clamor de sus muchedumbres irredentas, supo la ciencia fuerte que traba la angustia dinámica de occidente con el pausado misterio de las zampoñas indias.

Así, profesor y taumaturgo, ingeniero y poeta de una construcción civil, fue Ricardo Rojas un varón del Plata que llegó a encarnar la conciencia de la nueva América.

Con mano firme y levantado numen compone los cuatro libros del ciclo que él mismo llama: la filosofía de la nacionalidad. Cuatro obras señeras, no muy extensas, pero cuajadas de penetración y novedad: "La Restauración Nacionalista"; "Blasón de Plata"; "Eurindia" y "Argentinidad". Abre la segunda con estas palabras proféticas:

"Argentinos hermanos míos, leed este libro que pretende esclarecer, como en un mito heráldico, el nombre augural de nuestra tierra, de nuestra raza, de nuestra civilización".

Lo interesante, lo excepcional en Rojas es que cuando se refiere a su morada nacional, está pensando siempre en el ámbito continental; por ello sus ideas tienen vigencia y repercusión inmediatas en todos los pueblos americanos.

Para el maestro argentino indianismo significa la conciencia del país, "esa fuerza territorial de nuestras Indias". A la antinomia civilización y barbarie de Sarmiento, responde Rojas:

"Indianismo y exotismo. Necesitamos de ambos: el uno para nuestra cultura estética; el otro para nuestra formación política".

Formado en disciplinas clásicas, el pensador se dispara al horizonte. En "Blasón de Plata" se ocupa de la raza. En "Argentinidad" del Estado. En "La Restauración Nacionalista" de la escuela. En "Eurindia" de la formación del alma por la sabiduría y la belleza. Dijérase un espíritu socrático sin la acidez del ateniense. Llueven los libros de la pluma fecunda: "País de la Selva", "Cervantes", "Retablo Español", "Un Titán de los Andes". Para el teatro "Elelín" y "Ollantay". Esa "Historia de la Literatura Argentina" famosa ya, en marcha a su cuarta edición, que no obstante críticas y reparos sigue siendo el primer estudio metódico y científico que enlaza el hecho literario con el proceso político y social. Luego las deslumbrantes biografías: "San Martín o el santo de la Espada" y "Sarmiento o el profeta de la Pampa". Y ese "Archipiélago", acaso su obra mejor porque está escrita con la ira santa del proscrito y fue revelación para la Argentina y mensaje para América.

"Argentinidad —proclama el pensador— espíritu angélico que se nos manifiesta en la tierra, en el hombre, en la tradición y en la cultura, enviando a nuestra conciencia reflejos de su propia luz espiritual".

Nadie exaltó su patria con más dignidad que Ricardo Rojas. Nadie intuyó el continente con amor tan entrañable. Por ese genio terruñero y universalista al mismo tiempo, pudo el maestro alzarse a los cielos límpidos de "Eurindia", su libro más difundido y discutido.

"Eurindia" como teoría científica corre el destino de otro libro célebre: "La Raza Cósmica" de Vasconcelos. No es postulado válido para hoy, tiempo de premuras y ligámenes increíbles, tiempo de transfusión en que lo nativo y lo cosmopolita se confunden y se pierden en síntesis novísimas. Pero admiremos su generoso idealismo, la búsqueda desinteresada, prieta de hallazgos y mensajes. Si no nos sirve para vivir, al menor sirve para soñar. Y el ideal euríndico del gran argentino, negado o aceptado, es un astro errante en la cultura americana.

"El secreto de Eurindia no ha de buscarse tanto en las cosas como en las almas".

He ahí la clave para entender el libro sutil.

Superando el exotismo pedante y el indianismo sentimental, Ricardo Rojas propone una fuerza nueva, compuesta de ambos, pero en su mejor sentido: el creador, fuerza que los unimisma y los trasciende en la unidad de un nuevo ser. ¿Qué es, en verdad, lo americano, después de cuatro siglos de pugna entre España y el mundo indio, a través del puente criollo? Estamos forjando todavía la respuesta. Y aquí salta la perspicacia del argentino, Rojas no rechaza lo europeo: lo asimila; no reverencia lo americano: lo supera. Es, pues, al mismo tiempo, autonomista e integrador. No establece ruptura, sino continuidad entre razas y culturas, con hondo sentido de futuridad. Luego el poeta, tras los análisis reñidos y geométricos, vuelve a remontarse a la esfera de su propia celestía:

"Yo creo —sostiene Rojas— que la tierra y los astros son seres vivos"

Le recuerdo como le conocí en 1939, cuando dictaba su hermosa conferencia titulada "Conciencia de América", en esta misma Universidad Mayor de San Andrés donde hoy Bolivia se inclina a su memoria. Un hombre alto, erguido, de varonil prestancia. Agudo el intelecto, sencillo el trato. Fuego en los labios. Bondad en los ojos. Y un don de irradiación espiritual que sólo a conductores fue donado.

Sostuvo el maestro que debemos amar, primero, el propio lar, luego alzarnos al amor del conjunto americano. ¿Latinoamérica, Hispanoamérica? No —decía el argentino—, Somos, simplemente, los americanos del sur. Preconizó que la formación del Estado, en nuestro continente, era obra del futuro. Defendió con buenas razones al criollo y al mestizo. Predijo la gran nacionalidad venidera de los Estados Unidos de Sud-América. Habló de Tiwanaku, de nuestro Lago, de La Paz, del hombre de la meseta andina. Dijo cosas tan finas, tan sugerentes que encantaron los oídos. Sus planteamientos, sus enfoques sociológicos, sus atisbos estéticos fluían penetrados de verdad y sentimiento. Entonces comprendimos que para salvarse de la violencia del aluvión inmigratorio, América elabora sus grandes almas con la greda de sus cántaros autóctonos y el sonido de sus quenás seculares.

¿Quién era, pues, don Ricardo Rojas, en comprensión profunda del tiempo americano?

Un amauta redivivo. Sacerdote, legislador, maestro y conductor de multitudes. Consejero para príncipes; soporte de buenos ciudadanos. La mitad sabio de veras, la mitad lleno de sueños. No sólo la voz del universal Buenos Aires, sino también la esencia de las provincias nutricias de la inmensa Argentina. Y algo más hondo todavía: la conciencia surgente de la nueva América que despunta en medio del dolor y el sacrificio de sus pueblos jóvenes.

Ricardo Rojas no fué a la Universidad; como en el caso de Unamuno, la Universidad vino hacia él. Fue gran rector y gran señor en la Universidad Central de Buenos Aires. Un dictador con galones lo confina a la Patagonia; el maestro contesta con el testimonio lapidario de su libro "Archipiélago". Otro dictador con charreteras le arrebató el magisterio rectoral; Rojas no se doblega y sigue siendo un constructor civil para los argentinos. Es que en él hombre y luchador, pensador y orientador, escritor y poeta eran sublimaciones morales. La patria en el principio; la americanidad ejemplar al declinar.

El Gobierno de Bolivia, sus intelectuales y su pueblo se inclinan reverentes a la memoria del insigne escritor argentino, en cuyos libros bebieron sabiduría varias generaciones americanas.

"APU": Señor del Paisaje, héroe civil de América, diré yo de Ricardo Rojas. Y pediré que el trazo de su vida y el centelleo de sus libros persistan en el asombro de nuestros gigantes de nieve: más asombrosos cuanto más lejanos.

ALCIDE D'ORBIGNY

Este hombre insigne enciende la admiración de los franceses y de los sudamericanos. Pertenece, en verdad, a Galia inmortal y a la nueva América dispersa en naciones y en razas como estrellas.

Sorprende, el sabio, por la pluralidad de su quehacer: geógrafo, etnólogo, escritor, naturalista, viajero infatigable, hombre de ciencia en toda la extensión del término, perspicaz observador de costumbres, artista en sus descripciones y relatos. Alcide D'Orbigny lleva la inquietud de Francia por mares y continentes. Viene de esa pléyade de varones esforzados que poblaron como astros rutilantes el cielo de la hazaña humana: Cartier, Champlain, La Condamine, Réclus, Boussingault. Cruzado y poeta al mismo tiempo, D'Orbigny fue una de esas plantas atrevidas del género hombre, acaso para demostrar que el genio cuanto más raro es más complejo.

Su famoso "VIAJE A LA AMERICA MERIDIONAL", en cuatro tomos de gran formato y con bellísimas ilustraciones, es joya bibliográfica del siglo XIX. Hizo las delicias de nuestros abuelos y en ediciones modernas —muy inferiores por cierto— sirve todavía para el estudio de estas naciones jóvenes que el sabio francés recorrió y analizó con ojo zahorí. No me corresponde analizar lo mucho que la América del Sur debe al acucioso investigador. Su notable estudio científico y sociológico "EL HOMBRE AMERICANO", aunque ha sido revisado y superado en muchos aspectos, en lo esencial sirve aún de esquema primario; y sus agudos juicios sobre temas geológicos, naturales, económicos o de costumbres, son, todavía, puntos de partida para el estudioso. Es que D'Orbigny conoció y sintió la América en profundidad, como no pueden conocerla los fáciles turistas aero-frívolos.

¿Por qué el gran francés despierta nuestra gratitud?

Porque fue profesor de realidades, maestro de simpatía creadora. A nosotros, los bolivianos, nos reveló lo que éramos, lo que teníamos, hacia dónde podían voltearse nuestras alas de país joven.

Recorrió el territorio nacional en viajes largos, arriesgadísimos, casi siempre a mula y a pie, soportando inmensas penurias, enfermedades, disgustos a granel. Pero su exploración intrépida venció todos los obstáculos, porque estaba animado por la pasión aventurera, que su amor a la ciencia regulaba con voluntad firme y metódica. Secreto de los grandes creadores: sin tasa el sueño, frenado el acto realizador. Buscando ese equilibrio maravilloso de la inteligencia y de la sensibilidad, que un día da las catedrales acústicas de Couperin y otro los arabescos finísimos de Debussy.

En D'Orbigny convivían armoniosamente el organizador sistemático y el enamorado observador de la naturaleza. Sabio y poeta. Antropólogo, botánico, geólogo, etnógrafo, paleontólogo, humanista habitaron su espíritu en vivaz simbiosis. Vio, asimiló y expresó con genial intuición muchas cosas, hechos múltiples que nadie supo reunir en síntesis tan apretadas. Por eso, aunque pasen hechos y costumbres, lo que narra su pluma, rica de ternura explicativa, es para siempre: permanece.

¡Cómo no envidiar esa vida simbólica de soñador y descubridor, esas tensiones encontradas del civilizado frente al mundo virgen; esa prosa nerviosa, que esmalta el relato de frescas impresiones!

D'Orbigny ignoraba qué le reservaba el destino al día siguiente. Pero cada amanecer se erguía corajudo, insaciable, frente al enigma de la vida. Recorrer la América Meridional, palmo a palmo, pueblo tras pueblo, fue para él la experiencia inolvidable. Sumergido en la tierra

entrañable, en el misterio oscuro de sus moradores diversísimos, era a un tiempo actor y relator de su proeza.

Nuestra época vertiginosa, de aviones veloces, no sabe ya la ciencia ni el dulce placer del viaje. El hombre cruza como un bólido el planeta: pasa. ¿Puede decir que ha conocido algo profundamente? Casi nunca. De D'Orbigny, el apasionado descriptor del "Viaje a la América Meridional", a Paul Morand, frívolo y homeopático narrador de "Rien que la Terre" existe un abismo. Viajar, como la política, la economía, el arte, es cosa nueva.

El geógrafo francés conoció nuestra América en estado de pureza adánica, lejos del trazo cuadrículado y monótono que le va imponiendo la técnica moderna. Ni rascacielos, ni calles geométricas, ni tráfico atorado. A pie, por tracción animal, en viejas carretas, D'Orbigny conoció el continente sur y esta Bolivia legendaria, casi desconocida que por aquel entonces —Primera mitad del siglo XIX— era un cosmos misterioso, inviolado casi en sus tres cuartas partes. Tan honda fue la impresión que le produjo nuestra patria, que un día, encendido de entusiasmo, profiere el fino varón estas palabras que ningún boliviano olvidará: "Es el país más hermoso del mundo".

Entre las bellezas que descubrió y los secretos de maravilla que su pluma ha descrito, nada supera al famoso encuentro con la Cordillera Real. Subía el francés, a mula, desde el puerto de Arica y después de fatigosas jornadas alcanza el altiplano. Al pisar la meseta una visión soberbia lo deslumbra: la cabalgata de las cumbres nevadas, engarzando la turquesa del Titikaka distante. No puede, ya, el moderno recoger ni transmitir estas vivencias puras, simples, directas del viajero antiguo.

Sabio, poeta o solo aventurero, antes el viajero iba en pos de lo desconocido y pagaba un precio por la sorpresa. No era conducido: era él mismo señor y portador de su aventura.

Estudiantes, maestros, todos los que aman a Bolivia, entre nosotros y fuera de nosotros, deben leer las páginas vibrantes que D'Orbigny nos dedicó. No tienen rival, no envejecieron. Subsisten prietas de substancia y de enseñanzas. Pocos sintieron y manifestaron mejor la verdad inmensa, huraña, poliforme de este país como el sabio galo, ágil, penetrante, que supo hablarnos en lengua rica de color y contenido.

El primer ensayo sistematizado sobre la realidad geográfica, social y cultural de Bolivia está en las obras de D'Orbigny. Por eso el Ministerio de Educación, conmemorando el primer centenario de su muerte, prepara una edición de los capítulos dedicados al país andino bajo el título definidor de: "Mis Viajes por Bolivia". Existe también, desde 1956, un Liceo Mixto que lleva su nombre glorioso. Y nadie, que se precie de culto, olvida en estas montañas, o en nuestros valles, o en las llanuras dilatadas, al geógrafo insigne que fue el primero en trazar el cuadro general —científico y descriptivo— de esta joven nación en formación.

Alcide D'Orbigny. Maestro para mocedades. Profesor de energía, cruzado de idealismo.

Yo le pondría de ejemplo viviente a todos los náufragos de la decadencia moderna, llámense existencialistas, abúlicos, o desesperados por el rápido dominio del mundo material.

Alma noble, hermosa voluntad. Que su nombre y su renombre persistan sin mengua en la América de las tierras interiores que tan intensamente amó y supo enaltecer.

EL CONCEPTO DE IMPERIO NO CUAJA EN NUESTRA AMERICA

No tengo tiempo ni tranquilidad para ocuparme de cuanto dicen las revistas; deberes más premios fatigan mi tarea diaria. Parecerá, de otro lado, extraño que las dos veces que Assis Chateaubriand se dirige a la opinión continental por medio de las páginas prestigiosas de "O Cruzeiro", un escritor boliviano se sienta obligado a refutar algunos de sus planteamientos.

Aclaro el concepto: me siento obligado, como americano del sur, como hombre de ideas, porque todo lo que atañe al destino general de nuestra comunidad de naciones democráticas, entraña un deber y una responsabilidad. El deber de comprender lo que se propone, la responsabilidad subsecuente de decidir lo que conviene.

En este caso el silencio equivaldría a deserción. Y como el notable publicista brasileiro habla en nombre de casi una mitad de América, yo quisiera contestarle por la otra mitad, si bien con la esperanza de que toda ella compartirá algunos de mis puntos de enfoque.

El señor Chateaubriand es un estadista y un conductor de opinión en su patria. Al amparo de una poderosa cadena de diarios, revistas, radio y teledifusoras, parece que ahora aspira a orientar el pensamiento americano, según su propia fórmula: "ampliar cada vez más el ciclo vital de los brasileños".

El propósito es noble. Merece aplauso. Todo hombre de conducción, en la América libre, tiene el derecho —y el deber— de intervenir en el proceso del pensamiento continental.

Pero para hablar de América, hay que saber, primero, qué es América. Y aquí comienza la divergencia.

Veamos, previamente, los aspectos positivos del cuadro que traza el publicista brasileiro.

Es indudable que la ciencia, la técnica y la economía están forjando un proceso unitario de civilización en el mundo. El hermetismo político, nacional, equivale a un suicidio. La vida de relación entre los pueblos, como entre los hombres, es hoy abierta, coincidente, se apoya en el mutuo consentimiento y' busca la franca interdependencia de economías y culturas.

El "minúsculo mundo doméstico" de cada Estado, no es ya el organismo cerrado y casi perfecto anterior a 1914, sino sólo una célula del cuerpo continental, que con el advenimiento de la Era Espacial acabará también por integrarse en un sistema mundial que absorberá e integrará pueblos, estados, continentes. Aislacionismo y soberbia son palabras que no cuentan en la América del Sur.

En esto Chateaubriand tiene razón.

También la tiene en su sagaz análisis de los vicios del "estatismo" y del "funcionarismo". De los peligros de la inflación que empobrece a los pueblos. Aquí si coincidimos: sólo la austeridad de la vida cívica y de las costumbres, el ordenamiento financiero, la recuperación de los signos monetarios, y el incremento de la producción harán posible un resurgimiento homogéneo de nuestras nacionalidades incipientes.

Nuestros pueblos "mediocrementemente desarrollados" piden un método inteligente para recuperar el tiempo perdido. Nadie niega que debemos abrirnos al torrente creador del capitalismo mundial. Hay que elegir entre la libertad o el sometimiento al absolutismo soviético. Somos economías complementarias y nos espera "un inmenso esfuerzo recíproco de paz y seguridad continental."

Esta es la parte noble en la exposición del señor Chateaubriand.

No quiero analizar una zona intermedia, de afirmaciones de dudosa eficacia, porque ello me conduciría a la polémica doctrinal o tópica que deseo evitar. El publicista brasileño ignora la compleja estructura, el proceso plural y desigual de la mecánica social en los diversos países sudamericanos y ello le induce a error.

Disculpémoslo.

El señor Chateaubriand parece mejor economista y sociólogo que político, pues donde falla fundamentalmente su planteamiento es en la intención Política que no ha de tardar en explotar como carga explosiva por el ámbito americano.

Chateaubriand habla francamente del "destino imperial de la Nación Argentina y del Brasil". Más adelante insiste sobre una "cabecera de Imperio pacífico y ambicioso". Remacha acerca del "sentido imperial de la vida de los pueblos". Pregona "nosotros estamos furiosamente insatisfechos y somos imperialistas". Y aunque luego aclara que nuestro "imperialismo no choca con los vecinos, es de uso doméstico, no da miedo a nadie", el discurso viene tan saturado de estrategia geográfica y planes geopolíticos, que se diría un napoleonismo redivivo sino un Congreso de Viena, trasladado a Río de Janeiro para repartirse la América del Sur, 150 años después.

Aquello del "A.B.C." y de los Bloques Regionales pasó. ¿Cómo escindir el Continente sur en dos: aquí el "imperio pacífico y ambicioso" del senador brasileño — Argentina, Brasil, Bolivia, Uruguay y Paraguay—; allá —posiblemente un segundo imperio— constituido por Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Chile?

Veleidades monárquicas las hubo siempre en nuestra América. Ni Bolívar pudo sustraerse a ellas. Más ¿por qué se apagó la estrella de Rivadavia en el Plata mientras se encendía con fulgor mayor el astro del Libertador en el Orinoco? Porque Bolívar comprendió el mandato vital de la América mestiza: república y no monarquía.

Esto era en el principio. El Imperio en el Brasil es una página triste que no deseo remover. La planta exótica importada de la Península tenía que agostarse en el trópico populachero y democratizante del Nuevo Mundo.

La historia es, siempre, más sabia que los profetas.

Imperio... ¿En la América libre, por qué y para qué? Como idea política irrealizable. Como sistema social inadmisibile. Como supuesto económico anacrónico.

El Imperio fue siempre autocrático, despótico, violento: desde el mundo del César hasta el orbe de la Era Victoriana. La metrópoli vive de oprimir y estrangular a las colonias. Todas son economías subyugadas en beneficio de una mayor que las exprime. ¿Quien haría de Estado Imperial en Sudamérica y quienes de Estados-satélites o pseudo-colonias? Este es el problema.

Rápidamente, como quien no anda muy seguro de su tesis, el publicista brasileño sustituye la palabra "imperio" por el concepto "confederación de pueblos".

Esto es distinto. Pero confederación, en esta época, y en este continente, excluye lo imperial y lo monárquico. Ya las hubo, desde la Grecia materna: agrupar, federar ciudades, pueblos, estados o naciones eso sí es digno y asequible para una americanidad consciente de su destino histórico. Confederados viven pueblos y regiones en los Estados Unidos, en el Brasil que es un semi-continente. Pueden hacerlo, mañana, los Estados de la América del Sur.

Más no en la forma simplista que apunta el senador brasilero.

No porque Brasil y Argentina se pongan de acuerdo —como apunta Chateaubriand— las demás naciones se limitarían a inclinar la cabeza. La idea imperial significó siempre fuerza, imposición. El concepto de Confederación importa libre consentimiento, afinidad de intereses, respeto solidario y recíproco.

Tampoco parece muy acertada la lisonja a la Argentina para inducirla al principio hegemónico. Argentina significa en el continente libertad, igualdad, fraternidad. Esos argentinos que Chateaubriand sueña "imperialistas y petulantes" sólo existen en los arrabales de Buenos Aires o en el delirio peronista; el pueblo platense, en su gran mayoría, es verazmente democrático, respeta la dignidad de la persona humana, y tiene conciencia cabal de su rol conductor —conductor por la inteligencia y no por el poderío material— en el hemisferio.

Otro concepto desafortunado salta cuando el orador exclama: "nosotros devorados por los principios plebeyos de la igualdad social y republicana del gorro frigio".

¿Negación de la génesis emancipadora, desconocimiento de la realidad vital de América?

El pueblo, en el continente sur, es llama y clave, energía ordenadora, hacedor de naciones. Todo parte de su crisol genial; vuelve todo a su núcleo genésico y triunfal. Como repúblicas, somos hijos de la Revolución Francesa, no descendientes de los Reyes de Francia. Ese sentimiento de orden, esas instituciones permanentes, esa jerarquía de valores políticos, no hay que buscarlos como pide Chateaubriand en los castillos de Normandía ni en los jardines de Le Notre, sino en Palenque, Cuzco, Tiahuanaku, donde se levantaron los imperios autóctonos más regulares del pasado. Un sólo botón de muestra: mil años antes que Pizarro descubriera el Gran Perú, los "kollas" o aimáras del Ande Boliviano se regían por instituciones agrarias organizando sabiamente sociedad y economía.

No se ha de desconocer la obra creadora de los genios individuales, de los grandes conductores, de los hombres de empresa; ¿pero qué sería de ella sin el inmenso respaldo de las multitudes que los producen y los encumbran?

El pueblo es, pues, en América la fuerza magna, la "lex" suprema que hace y deshace imperios, religiones, filosofías políticas y sociales.

Ya lo expresó certeramente Jefferson, gran república y legislador sapiente: no hay sino dos clases de hombres; los que creen en el pueblo y los que desconfían de él.

Quien no se cuente entre los primeros no puede hablar en nombre de los americanos, el pueblo-continente en frase feliz de Antenor Orrego; la muchedumbre en marcha en pos de verdad, de justicia, de una sociedad mejor que no han de bajar ciertamente de los caducos sistemas de un europeísmo dinástico y autocrático, sino de la entraña continental, amasados con el dolor, el sudor, la sangre y los errores necesarios de una vida propia.

Plebeyos, mestizos, gentes del pueblo en el sentido noble del término somos todos en América. Queden las genealogías para los presumidos de allende y aquende el hemisferio.

Tan presuroso vuela el pensamiento de Chateaubriand que ya ubica la metrópoli de su portentoso imperio: en el estuario del Plata.

Cabe ahora preguntar: ¿de qué se trata?

¿De vender una mercancía —"O Cruzeiro"— halagando la vanidad de los argentinos? ¿De abrir nuevos mercados —o ensancharlos— para la poderosa expansión industrial de intereses mercantiles que defiende la cadena publicitaria del señor Chateaubriand? ¿O se trata, seriamente, de una política definida que si no sustenta Itamaraty al menos contaría con el respaldo de grandes sectores de la opinión brasileña?

Es tan audaz, se presenta con tintas tan violentas el discurso que se hace difícil discernir el blanco del disparo.

Repito que no todo, en América, se ha de reducir a términos de política, de técnica, de economía. El señor Chateaubriand se angustia mucho por el futuro de las industrias, de las fábricas, de las metrópolis, como si el continente fuera sólo una inmensa incógnita económica.

En este punto —no por la posición sino por la intención— parecería coincidir con los marxistas que todo lo reducen al binomio cifra-producción.

¿Pero por qué no se nos habla de los problemas humanos y sociales del Continente: el analfabetismo, la desnutrición, la falta de escuelas, de caminos, de hospitales, la formación del hombre americano, que crece desorientado, muchas veces humillado, entre un capitalismo secante, incomprensivo, y una prédica comunista igualmente despótica y negadora de los valores humanos?

En el esquema del estadista brasileño falta el espíritu. No es verdad que "la única llave a nuestra disposición es el capitalismo mundial". Hay que fabricar, previamente, una cerradura para poder usar esa llave. Ella tiene que elaborarse por los sudamericanos mismos y es el espíritu confraternal, la solidaridad efectiva, para convertir el enunciado lírico de las economías complementarias en un sistema orgánico y coordinado de mercados homogéneos que se equilibren y respalden mutuamente.

El Brasil está despertando a la acción continental, afianzado en su inmenso territorio y en el mayor potencial demográfico del hemisferio: más de 60.000.000 de almas.

¿Es "O Cruzeiro" la punta de lanza de esa acción? Entonces pediremos que ella venga no por el camino equívoco de la política de presión e incitación, sino por las vías más decorosas del entendimiento y la interdependencia de ideas e intereses.

El concepto de Imperio no cuaja en nuestra América. Ni siquiera en un plano simbólico, alegórico.

El Continente nació a la vida libre republicano y democrático. El "demos" es su fuerza original. Cambiemos, pues, la tesis cesárea por un sistema confraternal, abierto y solidario, donde cada nación sudamericana se sienta igualmente soberana y responsable por sus actos y por los que deba ejecutar en sociedad con las demás.

América es democrática de esencia y de presencia. De Norte a Sur. No es en los vericuetos del castillo de Luis Felipe donde vamos a encontrar la clave de un resurgimiento americano, sino bajo la humilde tienda de Bolívar donde germinaron los más puros principios de esa filosofía política y social que todavía no aprendieron muchos estadistas sudamericanos.

Por el inmenso poder que el destino puso en sus manos, por su posición de estadista y conductor de opinión, Assis Chateaubriand tiene que comprender estas razones. Tiene que acercarse al hombre del pueblo, entender su lengua y su razón. Auscultar las palpitaciones plurales de esta nueva humanidad que recién asoma a los bordes de la ciencia y la cultura.

"Nadie puede ser impunemente poderoso" —dijo cierta vez el Libertador con profunda intuición.

Que esa vida fecunda de removedor de ideas y promotor de empresas en que se ha movido el publicista brasileño, se corone con una tarea idealista y superadora de rendimientos materiales.

Este es mi mejor deseo. Porque para el Brasil y para Chateaubriand siempre será más noble una servidumbre voluntaria al ideal de engrandecimiento pacífico y amistad decorosa entre los pueblos de la América del Sur, que dominar los y organizarlos en función puramente utilitaria.

No sólo de usinas y de bancos viven los pueblos.

América, el continente de la esperanza, tierra de libertad, debe preservar su tradición democrática de toda forma pasada o moderna que atente contra la firmeza de sus instituciones.

La palabra "imperialismo" es una blasfemia en este hemisferio. Que no la volvamos a escuchar como no sea en son de crítica y repulsa.

Y al señor Chateaubriand pidámosle que por ese mismo poder que confiere a su palabra la cadena publicitaria que la difunde en el continente, se convierta en un paladín de la Buena. Causa que es más que serlo de los negocios y las empresas gigantescas.

¿Cuál es la buena causa en la América Libre? La verdad, la libertad, la justicia social. La responsabilidad del conductor, sin la cual no hay progreso ni estabilidad colectivas. Lo que piensa, lo que siente, lo que dice, lo que pide el hombre del pueblo.

El hombre americano es antes que la economía americana.

Necesitamos una nueva pedagogía de amor, de tolerancia, de equidad. Hay que distribuir mejor la riqueza, evitar los monopolios del poder y del saber. Que la cultura llegue a todos para que todos contribuyan al proceso civilizador. Que la América que Martí llevó sangrante en su corazón, renazca cada día en cada americano como deber, como sacrificio, como responsabilidad solidaria y compartida con todos los pueblos y naciones del hemisferio.

La historia es irreversible. Nada vuelve. Dejemos dormir imperios y emperadores en sus féretros de bronce.

La "civitas" de América es libertad y es democracia. Libertad dentro del orden, democracia con dignidad. Y no nos avergoncemos de nuestras repúblicas todavía confusas de andar lento y perezoso, porque de ellas brotará el nuevo humanismo que ha de salvar el decoro de la especie humana.

Esperemos. Y entretanto a seguir luchando, en la porfía de los días, por la América fidedigna que la Cruz del Sur simboliza en sus cuatro puntas fulgurantes: Verdad, Libertad, Dignidad, Responsabilidad.

III

GAMALIEL CHURATA y "EL PEZ DE ORO"

I

Cuando Gamaliel Churata puso en mis manos el texto inédito de "EL PEZ DE ORO"—tres años atrás— quedé literalmente deslumbrado. Tales eran su fuerza y su hermosura.

¿Pero quién es Gamaliel Churata? Peruano de origen, boliviano de arraigo y volición, es un talento inductor de americanidad; de americanidad entrañable, irreductible, vertical. Como muchos creadores geniales, soporta un destino adverso; y ésta cabeza de maravillas que podía engendrar libros estupendos de historia, de sociología, de poemas, de filosofía-lírica —si cabe el término— ha visto transcurrir su vida en el desgaste inútil de las redacciones: treinta años en diarios y revistas. ¿Inútil? Digo mal: inútil no, porque su didáctica social queda para siempre. No hay movimiento político, literario o artístico, ni escritor o artista no existen que no deban a la pluma del vigoroso analista andino consagración, glosa o crítica incisiva. Animador del Grupo Titikaka en el Perú, del que salieron el poeta quéchua Alejandro Peralta y otros valores entroncados con César Vallejo y la revista "Amauta" de Mariátegui, Churata se incorpora, en Bolivia, al movimiento "Gesta Bárbara" que con Medinacelli, Dalence, Alba, Saavedra Nogales y otros hace también de proa para un indigenismo medular, celular, que devuelve al pensamiento andino sus nódulos vitales: desde adentro, de la intimidad ancestral y popular hacia el mundo exterior. En el sur peruano o en la altipampa potosina, Gamaliel hace de profeta airado y admonitivo. Enseña, ataca, demuele, polemiza con brío y destreza insuperados. Entre nosotros hizo escuela, crítica de gran estilo. Fué —y es— el humanista americano sin ágora, sin discípulos. La voz que clama en el desierto. Más Lutero que Erasmo, ardido de furores terrícolas.

¿Su obra crítica y literaria? Seis mil artículos y crónicas desperdigados en diarios y revistas de Bolivia. De valor muy desigual —naturalmente— porque la pluma, como medio de sustento, ha de rendir tributo a la mediocridad ambiente. Pero de pronto el lector tropieza con ensayos bellísimos, que por el rigor del concepto o la elegancia de la forma, firmarían un maestro europeo. Así "Manco-Kapak, demiurgo del pueblo indio". Así "Preludio de Koncachi". Así "Tendencia y Filosofía de la Chujilla". Así "Thunupa en el vértice del humanismo indoamericano". Indianismo vertebrador, polémico, entrañable. De 24 kilates. Saturado de jugos y esencias de América. Siempre nuevo, viejísimo también.

El hombre todo lleno de bondad, rico de dones, prodigándose a jóvenes y gentes maduras, como aquellos esenios de los que toma el nombre.

Gamaliel Churata es, en Bolivia, símbolo de lucha. Toda la vida solitario, seguido y comprendido por un puñado de amigos; negado, ignorado por las muchedumbres. Encerrado voluntariamente en su indigenismo acometivo, raigal, —axial diría el filósofo— no quiso transigir con hombres ni con ideas del trasplante oceánico. Y allí quedó, en su célula india, hermano de los campesinos y los mineros, esperando la revolución social que en 1952 lo encontró ya cansado, quebrantada la salud. ¿Aurora? La hubo para el pueblo mestizo, para la multitud indígena; no para el pensador que tras treinta años de combate, casi siempre anónimo, tiene todavía la altivez de los antiguos "orejones" de la Conquista: habla, no pide. Sostiene su ideario lácteo —por el suelo y por la raza— no comercia con él.

España y la América India le surcan las venas. Es, como Franz Tamayo, como Miguel Ángel Asturias, como Pablo Neruda, como Jorge Icaza, como Ricardo Rojas, Uriel García, como Natalicio González, como Jorge Mañach, el hombre visceral del continente mestizo. Con lengua de Occidente emite voces que sólo entenderán los saturados de leche cosmogónica. Es, antropológica y espiritualmente, el gran mestizo de América, todo henchido de verdad y contradicciones. Drama y victoria; derrota y juego a la vez. Hacer y rehacer que no se entranan. De tan alta estirpe lúdica, que todo se le vuelve incendio y querella, exégesis y didascalía.

Amigo más fiel no le hay, aunque de pocos. Alma más grande si se mide por su capacidad de lucha y sufrimiento, tampoco. Tamayo conoció la holgura y el éxito; su tragedia fué el orgullo, fué la soledad. Churata, mentalidad tan poderosa casi como la del maestro paceño, solo ha conocido pobreza, tristeza, olvido. Y un sino adverso que sólo le permite ver publicado su primer libro en el crepúsculo de una vida intelectual intensísima.

Hombre y escritor. Un drama vivo. Un tesoro subyacente.

II

Cuando leí por primera vez "EL PEZ DE ORO", compuse estas reflexiones.

Trátase de un libro informe, basto a veces, a veces relampagueante. Buído como puñal, denso y apretado como sombra inexorable. Lento y rápido a un tiempo mismo. Está penetrado de dolor humano, henchido de gérmenes divinos. Confuso y lúcido a la vez, es un libro inconcluso, ciertamente, porque faltan la síntesis final, el aristado pulimento de una mano eliminadora.

Esta obra es fiel expresión del pensamiento mestizo. América por dentro; Europa manando savias culturales en el episodio y en la técnica.

¡Pobre y grande Gamaliel Churata, espejo de la grande y pobre América nuestra!

Las páginas de su libro genial sacudirán a muchos, ¿pero quiénes las entenderán? Son, como las de Villamil de Rada, visiones oníricas para iniciados. ¡Y qué talento en la intuición de esa "poética trascendental" del suelo y de la raza! Si fueran más ceñido el tema, menos reiterada la exposición ideativa, más directo el estilo, alcanzaría a verdadera obra maestra. Cosa de poeta, sociólogo, profeta, filósofo. ¿Qué más pediría un escritor? Y a la postre no se empina el español sobre el indio ni el indio sobre el español: es el genio mestizo convulso, dolorido, hermoso y feo

simultáneamente, tenso de tensiones desmedidas, el que orea estas páginas demoniales, desiguales, prietas de angelidad. Verdad, belleza, tragedia. En el mensaje y en la estilística.

¿Qué destino contrario ha truncado esta pluma potentísima? ¿Por qué Churata con más energía creadora, con más riqueza léxica, con más potencia lírica que muchos pseudo-indigenistas, no es hoy el primer escritor indio del continente?

Que este verbo —todo luz— viva en la penumbra, es un misterio, cósmico. Una revisión general, una poda sutil, y EL PEZ DE ORO bogará en la eternidad de América. .

III

Tres años después ¿qué impresión produce el libro de Churata?

Queda el lector tan desconcertado y tan admirado como al primer impacto. Acaso en grado mayor. Desconcertado porque la confusión, la estructura barroca, la dispersión sabia y excesiva persisten. Admirado, porque los hallazgos conceptuales, las revelaciones embrionales y las bellezas de expresión, también.

Tiene el libro páginas tan estremecedoras que me pregunto si no será poca expiación una vida tan desgarrada como ésta, para alcanzar ese "pathos" trágico de expresividad que es la suma de todo grande artista.

Extinguida ya la prosa muscular de Franz Tamayo, el habla vital y pandemónica de Gamaliel Churata se deslíe rica de vetas vírgenes. Es, a mi juicio, el primer prosista indio, de contenido y de forma. Si por indio entendemos la fidelidad con morada y habitante, la melodía sanguínea de una América anterior al hecho hispano, que sigue latiendo en la célula individual apesar de técnicas y aportes culturales transatlánticos.

"Es que América —dice Churata— antes que fruto debe saberse raíz."

Y más allá en genial intuición, este pensamiento que ha de ser medido en escala de futuridad:

"El mito griego es el alma mater del mundo occidental; el mito inkásico debe serlo de una América del Sur con "ego".

O este otro que trasciende a una estética de lo americano:

"¿Por qué lamentar si te falta historia escrita del Inka, si hay otra, sensorial, tallada en las anisotropías de tu sangre? ¿Qué está muerta? ¡Wakra! Saberla encontrar es todo el problema de América. Vivir no es ciencia; es arte."

Y finalmente estos fragmentos que despertarán mucha cólera si no se les pesa en el fiel de su circunstancia fidedigna:

"Si América es una realidad genéticamente mestiza, la literatura americana debe ser idiomáticamente híbrida.— Para acentuar una radical americana en nuestra literatura, acentuar menos que el paisaje la valoración antropológica.— La verdadera capacidad estética de América está en la sangre del indio, y, por tanto, la forma de hacer estética americana es hacer de América un mundo indio."

¿Pero qué es "EL PEZ DE ORO"? Difícil — si no imposible— clasificarlo. Novela, no. Tampoco tratado filosófico. Ni ensayo sociológico. Para prosa lírica, sobra substancia. Para interpretación histórica, faltan sistema y método. Pero la garra del pensador y la zarpa del estilista prenden tan fuerte, que sean memorias, impresiones subjetivas, o retablos descriptivos, el libro surge con presencia mágica y arcaica, para culminar en mensaje de presentismo inminente: parece, en verdad, el cubículo del brujo andino.

No hay la construcción geométrica, el rigor plástico del documento occidental, sino una a manera de desorden primordial, deliberado. Se trata de un escritor germinal, con "estilo genésico", todo él rico de hervores, impetuoso, cuya dispersión lógica corresponde admirablemente al desorden americano que nutre su pluma. Y ésta la clave para entender la obra: EL PEZ DE ORO es América, desbordante y encrespada, convulsa todavía del parto de sus ingenios en formación. Habla de río que abandona el cauce, de selva pánica y tremulante, de razas que no se entienden porque se ignoran a sí mismas. Habla de montaña que se despedaza: lava en ascenso. Habla de hombre —"joven y viejísimo— que busca en la tierra y en la sangre su propio derrotero.

Parece un Papini furioso de hallar la verdad humana en las contradicciones del mundo. Un Sarmiento desmedido, ahíto de realizaciones urgentes. De Europa tiene el gesto culto, la reminiscencia sabia. De América el vigor telúrico, el descontento esencial. Por ello pensamiento y expresión agonizan en el drama del espíritu continental: se "es" y se quiere ser otra cosa... Herencia se absorbió que el ancestro combate y resiste todavía. Célula y cosmos prosiguen la lucha. Y al cabo el escritor no es sino el profeta de la nueva cultura.

¿Quién la entiende, la presiente quién? ¡Díganlo arúspices y vates!

Para Gamaliel Churata, lengua con crispatura y violencia, es signo de vitalidad creadora. Remueve. Fecunda; Su libro se dirige a gentes con alma, con voluntad, con destino trágico de cambio y afirmación. "Problemática de pueblos ansiosos de rescate, en la historia y en el tiempo.

IV

Parece excesivo decir:

"Para nosotros la salvación ya no es España; es el indio, el regreso al vientre de la tierra. Todos llevamos una madre india en la sangre; pero no todos nos embriagamos con su sangre."

En "EL PEZ DE ORO", un amauta redivivo hace de Zaratustra andino. Aquí está Churata entero, sociólogo y hechicero, taumaturgo y profetista. Tábano que hiere y acicatea. Vate en el sentido profundo del término, traspasado de dolor, de ternura, de presencias y esencias indias.

Y es, ciertamente, América, íntegra, redonda, la que brota de estas páginas viscerales, escritas con angustia y pasión de hijo querendón y enraizado a lo suyo. Mazurkas de Chopin: cada aire, cada nota, una emoción de patria, y el alma y el hombre de la patria. Y al trasfondo el drama, hecho belleza, del ser que todos fuimos y pocos sublimaron: el espíritu vuelto luz, diamante fúlgido. Si bien se mira, cada página del churatiano es égloga y vigilia. Enseña y lacera, porque calar en lo hondo supone expiar conocimientos.

Refiere uno de los mitos cosmogónicos y totémicos del Titikaka —aimára y quéchua— que del pez provienen el mundo y la progenie andinos. Del lago inmortal surgieron los mortales Inkas. De aquí el escritor infiere que el Pez de Oro es "totalidad, patria y universo, punto lácteo" del quehacer indio. Si hubo filosofía de felinos y peces para el habitante primitivo —el Pez de Oro y el Puma de Oro concentran uno de los mitos más originales del Ande— el americano hoy, indio por la sangre y el espíritu no empece la fronda ilustre de occidente, ha de volver a la profundidad líquida para rastrear origen y palingenesia.

El libro cierra con sentencia magnífica:

"He aquí el áureo mensaje de "EL PEZ DE ORO":

—¡América, adentro, más adentro; hasta la célula!

Mas para llegar al lírico discurso ¡cuánto análisis, hermosura tanta! Quinientas páginas apretadas de ciencia natural y poesía discursiva. Estilo inimitable. La trama complicada, esotérica la forma. Un amasar, disolver y recomponer la lengua que fuera arbitrario si antes no llegara a maravilla. Trenos que recuerdan hablas de Gracianes y Calderones, junto a

barbarismos, americanismos y modismos quéchuas que esmaltan la parla del mestizo. Nadie, en la América de hoy, ni en la anterior, fue tan lejos —y tan hondo— en punto a hibridación idiomática. Si críticos y artistas se deleitarán en esta obra, para filólogos y hablistas, ¡qué revelación!

En "EL PEZ DE ORO" vibra un soplo de meta-física aimára —que Churata, quéchua al fin, es kolla en el origen— y dice: todo es igual: ayer, hoy, mañana. ¿Qué importan verdad o mentira, historia o leyenda, candidez o sabiduría? Y el narrador agita, en medio de tempestades retóricas que evocan el boscaje huguiano, finos deliquios entrañables donde llora la zampoña india o se goza la ternura quéchua.

Nada escapa al vaticinador: orografía, hidroproezas, floras, faunas, gentes y costumbres. América bulle entera en el cuenco de sus manos ansiosas. ¡Qué modo de hablar, de inventar, de recordar, de animar materias muertas y vivas! Si Huamán Poma de Ayala es el mestizo nuclear para entender históricamente lo inka, yo diré que Gamaliel Churata dicta en "EL PEZ DE ORO" una biblia de americanidad poética y viviente.

Un sabio espantable en la pluma. En el pecho un niño. Y por encima de ciencias y retóricas infusas, el poeta arroja su carga de relámpago. Morir de América que es un vivir del indio. ¿Para entenderlo? Aprender la fabla antigua y novísima, clara y enigmática, simple y complicada de este gigante quéchua que vació en solo un libro la oscuridad y la magia de siglos.

V

¿Qué podría yo decir a Gamaliel Churata, hermano y maestro de arcanos arcaicos?

No son obras de tanto fuego y paciencia cuanta para tiempos actuales.

Mucha lección, despliegue rutilante de sabidurías autóctonas y oceánicas en este otear de siglos y culturas.

¡Pero qué dulce se vuelve el atormentado cuando habla de la "Mamita-Thosankeyu", esa flor que llaman también "saliva de la virgen"!

No sé, no sé cuál elegir. Si el Jefe de Conocimientos que acumula observación y saber con potencia inagotable; o el dulce "haravicu" quéchua que toca el alma con su ternura india recatada y melancólica.

"¡Sonkhoimi" —como Churata dice— es en quéchua la mujer adorada. Y extendiendo el concepto, a él podríamos aplicar le lo que el amador quéchua dice a su amada:

"¡Sonkhoimi corazón solamente tuyo!"

Así este rapsoda canta a su América, la entrañable, con voz que tiene grandeza y pesadumbre de montaña.

[OSCAR CERRUTO y "CIFRA DE LAS ROSAS](#)

¿Qué es finalmente poesía: adivinación, sentimiento, energía espiritual que se comunica por la palabra bella? ¿O la geometría mental que impone su rigor al pensamiento?

La orgía modernista ahogó en luz al bardo sud-americano. Luego se dieron la mano expresionistas, surrealistas y otros "ismicos" sumiéndolo en tinieblas. De la opulencia expresiva se pasó a la proeza acrobática. Al taumaturgo sucedió el pregonero. Antes de 1914 el poeta es todavía un calibrador del mundo y de la vida; después de 1918 sólo un buscador de inquietud, de novedad.

Pero en los últimos años la operación poética adquiere otro sentido. Ya no se trata, sólo, del vate y sus sinfonías verbales; no únicamente del análisis hipercrítico y de las acrobacias expresivas del aedo moderno. Trátase de algo mayor: la necesidad de una reconciliación entre experiencia espiritual y forma noble. (No digo "bella" ya que la belleza es eliminada del proceso poético por muchos juglares del "stilo nuovo"). ¿Cantar por el puro placer de cantar? Ese tiempo se desvaneció al calor de la pólvora y la química. Ahora la conciencia trágica del vivir atenaceo al hombre, y aún para soñar y dar forma vigilante a lo que sueña, el poeta requiere algo de matemático y de analista: debe saber lo que dice, medir y rectificar su recinto, para que su canto fluya armonioso de la inteligencia reflexiva y de la fantasía enamorada.

Ni el cantor inocente del medioevo, ni el felibre ilustrado de los siglos cultos. Poesía es hoy conciencia del propio quehacer, responsabilidad por el oficio elegido.

Sin que ello afecte a la pureza de sus impresiones, a la frescura lírica de las imágenes, el poeta se ha hecho sabio en un sentido profundo. Maestro de arte mayor que domina su orbe antes de expresarlo. Por eso la inspiración creadora y el estilo son hoy requisitos inseparables del aedo. Por su interioridad, por su poder revelador, por la magia de un lenguaje preciso y depurado se manifiesta el rapsoda.

Esto es lo que hace de Oscar Cerruto, el poeta más culto de las nuevas promociones bolivianas.

"CIFRA DE LAS ROSAS" —su primer libro de versos— no es una novedad para quienes conocemos la extraordinaria calidad de su obra poética, en su mayor parte inédita, o desperdigada en trabajos que publicaron revistas y diarios del continente. Pero será revelación para quienes la ignoren, porque denuncia la presencia de un altísimo poeta.

Construido con una dignidad tipográfica donde se advierte el gusto exquisito del autor — la belleza entra por los ojos— el libro consta apenas de ocho poemas y siete cantares. Son breves composiciones que llevan esta frase: "divertimiento para la infancia de Madeleine".

¿Quién es el poeta que ha de jugar con las palabras con la gracia alada que Mozart desgranaba en los sonidos?

Que se retrate a sí mismo en la esmeralda perfecta de la

CANCIÓN DE CUNA PARA MADELEINE

*"De sus torres de olvido
baja ya el sueño,
baja por una escala
de terciopelo.*

*Se arremansa el arroyo,
calla el silencio,
y el humo se recuesta
en el alero.*

*Golondrinas de pólvora
van por el cielo
para encender tu nombre
como un lucero.*

*Sopla el joven relente
su verde cuerno,*

*y la rana su flauta
de caramelo.*

*La resedá y el mirto
y el vasto es pliego
te dan las buenas noches
desde el cantero.*

*Con capa ensimismada
llega ya el sueño,
Una pluma de escarchas
en el sombrero.*

*Toca apenas tus ojos
con suave dedo
y te pide que duermas
con voz de enero".*

Quien escribe con tan difícil facilidad, saliendo de la trivialidad del tema con elegancia y soltura, como lo demuestran la novedad de la imagen y el ajuste ceñido del epíteto, es ciertamente un creador.

¡Y en qué género! La confianza familiar, ese tono menor donde sólo los grandes mantienen jerarquía. He aquí la magia del artista: parece no haber dicho nada y lo ha sugerido

todo. La ternura con que el poeta habla a su niña brota de un cuento de ángeles y palomas. Y su lenguaje —tan viejo, tan joven— es una delicia acústica por su sencillez.

CANTAR

*“Como en la primavera,
es apenas rocío
la lágrima primera.*

*Mejillas de la rosa
jamás han conocido
su traslúmbre radiosa.*

*Tu lágrima, navío
de la luz marinera.*

*Navío anochecido,
estrella esplendorosa”.*

Después de las abstracciones, del esquematismo expresivo de la lírica moderna, se vuelve a una suerte de neohumanismo poético. El hombre ya no se mece sobre el vacío. Las palabras dejan de ser "el material más ingrato y pérfido" de que hablara el crítico. La intuición creadora recupera su capitanía: la percepción inteligente de los fenómenos será tan rigurosa como la música verbal de metáforas e imágenes. No el automatismo inconsciente, sino la vigilia severa que cuida la economía estructural del poema...

¿Cómo se puede evitar la vulgaridad, sin dejar de ser fidedigno?

El poeta es el alquimista perfecto: conoce todas las fórmulas, pero cada creador las mezcla a su manera, urde su propia técnica figurativa. Símbolo, sugerencia; epíteto, verbos corresponden a un orden interior que no siempre se resuelve hacia afuera en forma directa. Antes bien: dijérase que el artista se esfuerza por navegar a través de los escollos de la lógica, transmutando el sentido directo del lenguaje, y elabora con honda artesanía su mecanismo de transmisión intelectual.

Detrás de la máscara del cantor alado, se adivina la faz dramática del ingeniero absorto en su cálculo de precisión.

Entonces surge Oscar Cerruto, dictador de su reino espiritual, impresionista a su manera que mira más los efectos de la luz que la mera configuración lineal del paisaje poético. Habla nueva detrás de un lenguaje musical poderosamente articulado. Casi elemental, de puro sencilla. Elaborada, abstracta en sus toques finales. Óigase estos trozos de

ENUMERACION DE TU HEREDAD

*“Es tuyo este cielo de agua
donde las nubes transcurren como barco.
y saltan como peces
los relámpagos.*

*Tuya es la nieve, tuya
la cordillera,
y el silencio azulado
que en sus alturas se congela.*

.....
*El río de piel oscura
y melancólica
en el que se implican los idus del mito
y los tumultos de la historia.*

*La soledad
tan vasta como su poderío
pero que una sola de tus palabras
deja sin destino.*

.....
*Y allí al fondo está el lago
de eléctrica cintura,
corona de alabanzas,
proverbio transparente de la puna.*

*Y la antigua ciudad en que has nacido
sale a tu encuentro,
calicanto del aire y su hermosura,
vestida de aguaceros”.*

Imposible decir con más dignidad, belleza y novedad, la historia ideal de nuestra meritísima comarca de La Paz.

En Cerruto la intuición poética lo hace todo. Este espíritu sagaz, cultísimo, que ha incursionado con igual acierto por la diplomacia, el periodismo, la crítica y el estudio del problema social, no podía dejar de sentir los altos temas nacionales, aun con prescindencia de la actividad militante.

He aquí esta gota de sangre, que parece arrancada del corazón boliviano. Vale por una política y mil propagandas:

CANTAR

*Mi patria tiene montañas,
no mar.*

*Olas de trigo y trigales,
no mar.*

*Espuma azul los pinares,
no mar.*

*Cielos de esmalte fundido,
no mar.*

*Y el coro ronco del viento,
sin mar.”*

Deploro que la falta de espacio me impida transcribir el poema CIFRA DE LAS ROSAS, creación lírica perfecta, que se hermana con las puras visiones de Rilke; o esa magistral ODA A AQUELLA LUZ FELIZ ANTES DE MAYO, que evoca la sapiente y madurada arquitectura verbal de nuestro Tamayo.

Pero Cerruto, es simplemente, Cerruto. Puede hombrearse con los mejores de América: Maya, Carrera Andrade, Marechal, Gerbasí, De Greif, Sabat Ercasty. Como ellos vuela sin que su vuelo se parezca a ninguno.

Este pequeño y primoroso libro —sólo es una anticipación espejeante de su obra lírica mayor que permanece inédita— constituye un hito en la poesía boliviana. Después de la difusa literatura social y de las acrobacias de vanguardia, frente a la desazón existencialista que invade el recinto sudamericano, bienvenida esta creación potente, original, que a través de su buscada brevedad transmite el mensaje del naciente humanismo continental: por la medida, la dignidad y la belleza a la Verdad.

El poeta debe constituirse en el "guardián de su Ángel", tiene dicho Cocteau.

Ciertamente: Oscar Cerruto custodia el suyo con tal sentido de la nobleza del oficio poético y de su decoro de artista, que con esta sola obra se coloca a la cabeza de la poesía boliviana.

Que esta lección de dignidad artística no sea olvidada. CIFRA DE LAS ROSAS es el testimonio significativo de una heroica maestría lograda en la meditación y en el silencio.

Estos versos abren las puertas a un nuevo universo lírico: por su riqueza emotiva, por su economía estilística. Inteligencia y sentimiento se reparten sus límites. Pensador y mago señorean el territorio poético. Por eso diré que además de gran poeta, Oscar Cerruto es un conductor intelectual.



RICARDO JAIMES FREYRE

Suelen darse disímiles hombre y escritor. A veces buscamos detrás de la persona seductora, y surge la pluma basta. El talento creador rara vez supone el don de la simpatía. Es difícil encontrar en el mismo plano al que vive y al que escribe. Se comprende, por ello, la desconfianza instintiva de muchos: ¿para qué conocer al escritor predilecto? Es mejor admirarlo en sus libros; el contacto personal podría desmedrarlo. Sucede; con frecuencia, que el hombre de todos los días no empareja con el creador literario. Los primores de lo vulgar no satisfacen al buscador de belleza. La experiencia sugiere que si se halló un autor delicioso, más vale admiración lejana que conocimiento directo. Cuidémonos de unir lo literario con lo humano: son mundos diferentes.

Ricardo Jaimes Freyre pudo afrontar victoriosamente el doble ministerio de la inteligencia y la personalidad.

Desde la figura bizarra —mostachos mosqueteriles, chambergo alado, atuendo en el vestir —hasta las complejidades de su psicología torturada por vuelos meta-físicos, todo en el gran potosino fue rico de originalidad. Brilla en la diplomacia como gran señor: hay memoria de sus célebres actuaciones en Washington y Santiago. Incursiona en la política sin alterar la elegancia de su estilo personal, siempre seguro de sí, grave y reposado, con ese aire de majestad que evocaba un lienzo del Tiziano. Fue Canciller de la República, notable orador en el Parlamento, Ministro y hombre de consejo en el gobierno de Saavedra. Si el poeta brilló muy alto, el hombre de mundo no quedó a la zaga. Lució en la cátedra, en la polémica, en el ensayo. Como toda inteligencia superior, gustaba de la juventud y del aplauso; ninguno le fue escatimado. Hombre y poeta seducían con dócil atractivo. Y era tan versátil su genio, tan inasible su personalidad, que para uno de sus biógrafos aparece como una figura del Renacimiento; en tanto que otro sólo ve su alma medieval acosada por hondos desvaríos trascendentales.

Jaimes Freyre dejó imitadores en Bolivia, discípulos en la Argentina. Ni unos ni otros alcanzaron la estatura del maestro. Solitario, desdeñoso, auténtico aristócrata del espíritu, no caerá en la miseria bohemia del ruiseñor de Nicaragua, ni en el torvo abandono del trompetero del Plata. Aunque el destino le hubiera dado menor gravitación nacional que a Darío y a Lugones, lució con ambos en el esplendor del modernismo sudamericano. Si el primero es la lira viva, y el segundo más torrencial para el deslumbramiento idiomático, el boliviano los supera en el hondo señorío de la persona, en el severo recogimiento de su poesía: tan noble y alta, tan depurada de preciosismo y de retóricas inútiles, que se diría una columna dórica, severa, esbelta, en medio de la fronda modernista.

Todo un señor, todo un poeta.

El humanista fue más conocido en la Argentina. Se representaron su drama histórico en verso "Los Conquistadores" y su drama en prosa "La Hija de Jeffthé". Se difundieron sus valiosos estudios históricos sobre el Tucumán colonial, entre los cuales sobresale "Historia del Descubrimiento de Tucumán". Historiador de vocación, versado en disciplinas clásicas y en osadías modernas, Jaimes Freyre tuvo la netedad y probidad del crítico; manejó la prosa como pulió el verso, con precisión, economía expresiva, sintetismo estilístico verdaderamente magistrales. Leerlo es un placer.

Sus famosas "Leyes de la Versificación Castellana", que llamaron la atención en el mundo de habla hispánica, constituyen una nueva teoría métrica, equivalen a un descubrimiento del mecanismo interno del verso. De ellas ha dicho Julio Cejador, reputado crítico español, que "son la única teoría verdaderamente científica en la materia". Por solo esta proeza mental ganaría el potosino título de innovador, pero donde Jaimes Freyre descuella como cima solitaria es en el área de la poesía modernista. Aquí hombre, político, gran señor, humanista, pensador se funden y armonizan para dar paso al vate. Es el bardo clásico. Nada sobra en su verso límpido, ceñido, rutilante. Nada o casi nada se podría eliminar de sus "Poesías Completas".

En un libro malaventurado hablaba Luís Alberto Sánchez de la "liquidación del Novecientos" con prisa pueril, ignorando o aminorando la influencia del modernismo en el pensamiento sudamericano.

Pasan las escuelas, las tendencias fugan; pero en el idioma o en la estética permanecen —esencia y forma— las huellas de los grandes sacudimientos espirituales. El modernismo no fue simple peripecia verbal, pirotecnia estilística como piensan algunos; fue cosa mayor: proeza vital, mental, integral. Un nuevo modo de sentir y de expresar el mundo. El pensamiento americano no podía desprenderse totalmente del escolasticismo colonial, de la retórica y el romanticismo republicano. Liberales en política, positivistas en filosofía ¿qué puerta de salida tenían los escritores finiseculares para evolucionar en literatura? Vino pues el modernismo como camino de perfección. Si no se puede negar que pernasianos, simbolistas y otras escuelas europeas influyeron en el movimiento modernista de habla hispana, no es menos evidente que prosa y poesía despuntan personalísimas en América y en España.

No se ha hecho un estudio técnico, filológico y estilístico, por ejemplo —para dar un caso entre muchos— del modernismo de Franz Tamayo, verdadero renovador del idioma, en prosa y en verso, que en punto a ciencia sintáctica, elaboración de voces nuevas, audacias metafóricas y deslumbramientos de imágenes, supera todo lo producido en su época.

El modernismo poético tuvo muchos astros en América. Para gloria nuestra, dos bolivianos eminentes lo integran con brillo propio, Uno desconocido porque transcurrió altivo, solitario, lejano: Franz Tamayo; Otro familiar al continente: Ricardo Jaimes Freyre, que nada tiene que envidiar a Darío, a Chocano, a Lugones, a Herrera y Reissig.

Ciertamente: hay en Jaimes Freyre versos como corceles que alcanzan el carro vertiginoso del inmenso chorotega.

Una didáctica para el pensamiento, una disciplina formal. El modernista no quiere ser sólo un renovador, un descubridor de orbes nuevos, sino el esteta implacable de lo perfecto. La palabra es verbo y norma, arquitectura y límite al mismo tiempo. El artista de vocación, de artesanía, severamente consagrado a su oficio, aparece recién al despuntar el siglo XX en Sudamérica. Se busca la idea original, o al menos expresada desde ángulos nuevos; el refinamiento del gusto; la belleza del estilo. Más que invenciones líricas o delicuescencias estéticas, el artista persigue el sentido abscóndito del misterio creador: quiere alcanzar, con ardor pasional, el hechizo de la línea en la forma, la fuerza varonil de un meditar hermético que sólo vierte sus esencias más logradas.

Detrás de la música de la palabra, asoma la bruma densa del pensamiento, Junto al culto pagano de la expresión, la filosofía escéptica, en cierto modo decadente, de las altas civilizaciones, entremezclando el designio cristiano con la impiedad atea. En el modernista no se puede emboscar el hombre detrás del artista, porque artista y hombre se vuelcan íntegros en el drama de la tensión interior.

Es él quien crea —dice agudamente Medinacelli— el verso musical y la prosa artística en América.

Con el modernismo nació en Bolivia el artista de la expresión. Ya no basta tener algo por decir; hay que saber decirlo bien. Señores de su ideal, los escritores se alimentan de su propia elevación espiritual. Hay un cierto divorcio con el público, algo señorial, aristocrático, que rehuye la efusión de las muchedumbres. Y en los poetas, además de las audacias técnicas y rítmicas, se advierte, nítido, el inmenso orgullo de crear un orbe propio. El poeta modernista no admite la órbita del satélite; quiere su propio orbe lírico.

Ricardo Jaimes Freyre —genio y figura— es el típico representante del modernismo en Bolivia.

Si su personalidad compleja se presta admirablemente para una biografía de esas naturalezas problemáticas que amaba Goethe, su poesía es intemporal: vibra para los tiempos.

Es el primer aedo boliviano dueño de un orbe poético propio, intransferible, cuyo enigma interior no ha sido descifrado todavía. ¿Que Heredia fué impecable en sus sonetos, Valencia el colombiano un artífice? Jaimes Freyre resulta un mago del verso armonioso, un lapidario "flaubertiano" que talló incansablemente sus gemas.

"Castalia Bárbara" —su mejor libro de poemas— puede medirse con la mejor producción lírica del continente.

El verbo conciso, la forma precisa. Si el dibujo es fino y firme, la color exacta. Sintetismo estilístico que raya en maestría. La imagen y el matiz utilizados con delicadeza de artífice. Y a través del verso que tiene transparencia de diamante, bulle el vuelo dramático del pensamiento; porque el humanista boliviano no olvidó jamás, ni aun en los mayores transportes del esteta, la duda agónica del varón de indagaciones.

Poeta del misterio, anhelante escrutador de las razones últimas, el timbre apolíneo de su canto no esconde suficientemente la pesadumbre del pensador. No hay, en nuestra lírica, tan cabal maridaje de la idea y su expresión. Tamayo será más grande —hondo, impetuoso, irregular, altísimo— pero Jaimes le supera en sentido de proporción y hechizo de la línea.

Castalia Bárbara —el libro comprende tres partes y sólo a su primer tercio se refiere el título— contiene toda la estética modernista. Bastaría él sólo para consagrar al boliviano. Refiriéndose a "Aeternum Vale", que da sentido a todo el poema, esa profunda evocación en que el bardo ha querido simbolizar la derrota del mito nórdico por la verdad del Cristo, ha dicho Diez Canedo: "Es un Gotterdammerung" orquestado con soberbia amplitud de ritmo". A un músico le oí afirmar que parecían páginas escapadas de la batuta wagneriana.

Se dirá que tema y personajes rebasan el tema nacional. Cierto. Más ya Cerruto y Medinacelli hicieron notar que aun tomando el tema de la mitología escandinava, en el fondo, de esta poesía fuerte y hermosa late el sentimiento andino del cosmos y la tradición secular. Jaimes fue a buscar al bóreas los dioses indios que llevaba sin saberlo en el corazón. Es pues boliviano de contenido y de emoción, aunque haya buscado el exotismo de símbolos extraños.

El tríptico de "Medioevales" tiene claridad de fuente clásica: nada se pensó ni se expresó con mayor nitidez. El soneto "Entre la Fronda" es impecable: joya de antología para cualquier literatura. "Los Antepasados" y "Los Charcas" delatan la emoción americana. Un rayo de luz: "Siempre". La profecía del visionario — fue escrita en 1906— discurre en "Rusia". Ruedan filosofías, metafísicas, junto a combates métricos y delirios de la imagen. ¡Qué angustia irremediable se adivina en el gran señor que amaba el esplendor del arte, para olvidar la sombra que lo habitaba!

Tiene Jaimes el sentido de los volúmenes, la pasión depurada de la línea: construye con sabiduría arquitectónica. Tiene, sobre todo, una como natural jerarquía de espíritu que le permite ser siempre original en la manera de tratar un tema y en la forma de expresarlo. Pasan modas, estéticas, escuelas. Pero aunque no se acepten todos sus poemas, hay muchos que siempre gustarán.

Místico y sibarita a un tiempo, que agotó todos los goces del vivir y padeció todos los tormentos del pensar, en Jaimes Freyre la magia india se transflora en orgullo y avidez universalista hispanos. Quiere ser, quiere quedar. Fue, quedó.



AGUSTIN ASPIAZU

Agustín Aspiazu es figura excepcional en la Bolivia del siglo XIX.

Hombre múltiple, polígrafo insaciable, tiene las excelencias del "uomo universale" del Milquinientos. No podemos compararlo con aquellos varones insignes que agotaban a un tiempo mismo las fuentes del saber y del vivir. Titanes no puede dar aún la América joven de la talla de Leonardo, Alberti, Poliziano, el Petrarca. Pero si el hombre ha de juzgarse en relación a su medio y a su tiempo, Aspiazu fue nuestro primer humanista; y el varón mayor si se considera la variedad de sus capacidades y la austeridad de su conducta.

En país pequeño, desordenado, víctima todavía de las luchas civiles, del letargo económico, del oscurantismo clerical; cuando instinto, vitalidad desenfrenada, y barbarie política dominaban el ambiente; mientras ciencia y teología libran duros combates, asombra pensar cómo esta conciencia valerosa puede rebelarse contra la estratificación social proclamando el dogma científico. Racionalista, empirista, positivista; discípulo de Comte y de Spencer, el boliviano cree que el análisis metódico, el manejo de los instrumentos científicos, la exploración concienzuda del cielo, de la tierra, del hombre, son los mejores sistemas del perfeccionamiento de la sociedad.

Lucha contra el humanismo escolástico, contra la retórica hueca, contra todas las formas arcaicas de un saber caduco que ya no satisfacía la inquietud de conocimiento y de progreso de los bolivianos cultos.

Maestro en toda la acepción del término, Aspiazu educó con verbo, pluma y ejemplo. Periodista de ardores polémicos, buen abogado, fundador de sociedades culturales y científicas, su tarea educativa culmina en la cátedra: fue consejero y después cancelario —cargo, éste último, que equivale al actual de Rector— de la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz. Hizo crítica, cultivó el ensayo, alternó el comentario sociológico con el análisis político. Ni poesía ni estudios filosóficos le fueron ajenos.

Por extenso y vario que haya sido su saber, lo que impresión más honda dejó en sus discípulos, lo que ellos supieron transmitir a sus descendientes, fue el magisterio vivo de su palabra persuasiva, su amor a la verdad, su culto al deber. Esa voluntad metódica y tenaz siempre en trance de nuevos descubrimientos intelectuales. Ese encantamiento de la persona que fluye del trato afable, de la simpatía comprensiva, de una sensibilidad exquisita y vibrante.

No era menos interesante el hombre civil. Fue Aspiazu notable ciudadano que participó activamente en la política nacional: Su oratoria y su pluma estuvieron al servicio de una idea de patria, dando a la inteligencia función reguladora en la marcha social. Diputado por La Paz, perteneció al famoso partido de los "Rojos", alineando con Ballivián, Valle, Linares, Baptista y otros próceres que brillaron por sus virtudes cívicas. Opositor a los gobiernos de fuerza, adversario irreductible del tirano Melgarejo, combatió fusil en mano el 15 de Enero de 1871 en las barricadas de La Paz. Su intrépida conducta determinó que fuese nombrado Jefe de los Guardias Nacionales.

Talento versátil, espíritu generoso siempre dispuesto a servir el interés general, Aspiazu pasó por la administración pública como espejo de buenos funcionarios. Hondo sentido de responsabilidad y capacidad de trabajo caracterizaron su actuación. Fue vocal de la Corte de Justicia de La Paz, Prefecto de La Paz y de Cochabamba, Consejero de Estado, Ministro de Guerra, de Instrucción, de Culto y de Justicia. Aparte de estos y otros cargos oficiales, que desempeñó con honor y eficacia, fue consejero de presidentes y estadistas que buscaban en su integridad, en su experiencia, apoyo y guía para la obra de gobierno.

Era el hombre superior que todos respetaban.

Si educador y ciudadano descuellan en primera fila, estudioso e investigador rayan más alto. Agustín Aspiazu es el primer sabio boliviano, si damos a la palabra el contenido integral de una vida de firmes disciplinas orientada a metas elevadas, de un quehacer orgánico y productivo, de tenaz persecución de la verdad y de dominio de la naturaleza en beneficio de la humanidad.

La ciencia avanza tan rápidamente, el ingenio humano muda tan veloz en su capacidad de conocimiento y descubrimientos técnicos, que no se puede enfocar con lente actual las proezas de otros tiempos. Hoy el sabio, el investigador, son productos de la sociedad organizada. Antes la sociedad era en parte creación del estudioso, que debía encontrar con sus propias fuerzas el camino del progreso.

Probablemente un sabio moderno nada tendría que aprender de los textos del pensador nacional. Un boliviano culto preferirá sus trabajos históricos y literarios a los estudios científicos. Pero si se mide la obra intelectual en relación a la incultura general de su época, a la pobreza de información, a la penuria económica de un medio social solo interesado en las luchas internas, factores adversos al florecimiento del espíritu, asombra observar cómo esta firme voluntad supo crearse clima y atmósfera para hacer propicia la tarea mental.

Su inquietud era inagotable, su saber enciclopédico. Quiso abarcarlo todo. Sus libros y folletos pasan del centenar, desgraciadamente en su mayoría extraviados. Quedan algunos títulos para dar idea de la multiplicidad de su intelecto: "Curso de Física"; "Diccionario Razonado de Jurisprudencia"; "El Gualterio", novela histórica; "Sondaje de los Cielos"; "El Calculador Náutico"; "Biografía de don Clemente Diez de Medina, coronel de la Independencia"; "Curso de Medicina Legal"; "Teoría de los Terremotos" ; "El Día Magno de La Paz"; "Problemas de astronomía y geografía"; "La Meseta de los Andes"; "El instructor del pueblo"; "La Tierra en estado primitivo"; "Nuevo sistema de enjuiciamiento civil"; "Cien Fuegos", relato histórico; "Dogmas de Derecho Internacional".

Alternó los rigores del investigador con los primores del literato. Le interesaron lo mismo geología y estudios astronómicos, que historia y poesía, o derecho y medicina. Tuvo de sabio, de pensador, de crítico y sociólogo. Compuso tratados, ensayos, prosas bellas. Y si no alcanzó la perfección del investigador especializado de nuestro tiempo, su talento intuitivo brilla como expresión de esa inteligencia universalizadora que va desapareciendo.

Dióse en el gran pacheño la difícil simbiosis del hombre de ciencia y el hombre de imaginación. Trozos tiene de musical seducción que recuerdan delirios de soñador; y otros de severa, de árida estructura donde solo se oye el rigor matemático de un pensamiento ajustado a su tema.

Un estudio crítico minucioso demostrará que Aspiazu hizo descubrimientos y anticipó verdades que la ciencia asentó después. Fue precursor en ciencias naturales, en derecho internacional, en sociología. Hay que saber espigar sus escritos.

Sabio, ciudadano, educador, varón culto en toda la profundidad del vocablo, su rica inteligencia y su fuerte voluntad, en el apogeo del positivismo, no le impidieron gozar de una creencia. Este es un aspecto mal estudiado de su vida. Fue deísta, a la manera goethiana, aunque adversario de todo clericalismo. Creyó en Dios, en la naturaleza, en el poder ordenador del hombre, sin abandonarse a la divinidad providente, porque sólo el hombre es criatura de sus actos y ha de resolver por sí la totalidad de sus problemas. No fue el ateo blasfemo a la manera de Voltaire, sino el creyente libre de temor al dogma al modo de Renan.

En política, en la vida social, tuvo amigos que lo comprendieron y admiraron. Pero en el campo de la ciencia transcurrió solitario, sin voces con las cuales comunicarse, y acaso a ello se debió la poderosa concentración de su pensamiento. Tuvo que refugiarse en la relación epistolar, con hombres de ciencia europeos y americanos. Algunos de sus trabajos salieron en revistas extranjeras. Precursor en las disciplinas científicas, su gloria es haber abierto a los bolivianos las puertas del estudio metódico y desinteresado, en pos de verdad y conocimiento, luchando infatigablemente contra el saber arcaico y las formas mineralizadas del acontecer social.

Su obra fragmentaria y dispersa, perdida en buena parte, empalidecida por el paso de los años y el torrente de prodigiosos descubrimientos del siglo xx, no permite apreciar las excelencias de su mente. Para una apreciación totalizadora de valores, Aspiazu fue más de lo que sobrevive en sus escritos.

Pensemos en su dramático existir, náufrago en la inmensa desolación de un pueblo que apenas despertaba al concierto civilizado —Bolivia en el siglo xix— sin puntos de referencia para apreciar la extensión de sus trabajos ni la originalidad de sus ideas.

Es un noble ejemplo del autodidactismo sudamericano, que bien podemos oponer a la formación humanista y universitaria europea, suficiente para destruir las majaderías de Papini sobre el Nuevo Mundo. Nuevo de alma, nuevo en formas sociales, nuevo en pensadores enérgicos y valerosos que han de crear el mundo partiendo de la soledad y la incomunicación.

¿Qué infunde mayor respeto: el saber organizado que tiene detrás cinco mil años de cultura, o el saber de tipo personal, que ha de ser a un tiempo maestro y discípulo, indagador y realizador?

En este sentido Agustín Aspiazu es un auténtico educador, un formador del carácter. El que enseña, aprendiendo. El eterno aprendiz que lleva larvado un maestro. El re-creador de su inquietud y de su mundo mental. Varón de tan ricas calidades humanas, solo podía dejarnos una herencia invaluable: conducta virtuosa, saber útil, elevado idealismo creador.

En dos frases finales: fué un profesor de energía y un talento para la investigación científica. Si aun le sobraron fuerzas para remontarse como educador, político, y soñador, concluyamos que Aspiazu era el pedagogo integral, arquitecto de sí mismo y de su pueblo.



IV

AUGUSTO CESPEDES y "EL DICTADOR SUICIDA"

Alcides Arguedas instauró nociva escuela historicista en Bolivia: tomar la historia como panfleto político, juzgando hechos y personas al rojo vivo de las pasiones, anteponiendo lo anecdótico a lo documental. Un chisme, un chiste, una sátira punzante dan la tónica de una época. La crónica periodística hace de termómetro; el rencor personal mueve los hilos del análisis psicológico. El trasfondo político y social se tiñe de parcialidad. Cada cual compone su visión enjuiciadora a base de reacciones glandulares. Nada que recuerde que historia es una ciencia y un arte a la vez, una empresa orgánica y severa, con leyes propias, de morfología conocida, que ningún auténtico investigador puede ignorar.

Leyendo libros de historia o que pretenden alzarse al calibre de lo histórico, se pregunta el lector menos avisado: ¿se ha leído a Mommsen, a Burckhardt, a Ferrero?"

En Bolivia muy pocos, y quienes lo hicieron fué para olvidarlos. Así lo atestiguan las últimas infortunadas, tentativas de escritores nacionales. Porfirio Díaz Machicao, a quien muchas

veces aplaudí como excelente narrador, buen biógrafo y hábil ensayista, ha incursionado tardíamente en un género como el histórico que demanda consagración de toda una vida. Alberto Ostría Gutiérrez quiere también hacer historia con "Un Pueblo en la Cruz", relato mal hilvanado, fuera de la realidad, que se lee con fatiga, en el cual se empeña —sin conseguirlo— en trazar el panorama de nuestro país en los últimos cuatro años. Tan trivial como el anterior. No pasa de crónica barata.

Irreverentemente se habla de "historia de Bolivia" olvidando que a esos libros les falta base científica, textura crítica, desarrollo orgánico, y visión conformadora de la realidad —amén de elevación de estilo— para levantarse a la dignidad de la obra histórica.

Augusto Céspedes es uno de nuestros mejores escritores. Nadie discute el triunfo indiscutible de "Sangre de Mestizos", bello libro de cuentos. O el acierto de "Metal del Diablo", novela de costumbres mineras con muchas páginas y cuadros vigorosamente pintados, que a veces debilitan el exceso de carga subjetiva o intencionalidad política.

Su tercer libro "EL DICTADOR SUICIDA" — 40 años de historia de Bolivia reza el subtítulo— nos autoriza a formular esta pregunta: ¿puede componer obra histórica un político vehemente, que carga el peso de los infortunios nacionales a todos los partidos y hombres del pasado, atribuyendo los aciertos a su propio partido y a sus amigos de lucha?

Ciertamente no. Por eso diremos, sin ánimo de menoscabar los bien ganados prestigios del autor, que ésta no es obra de historia.

EL DICTADOR SUICIDA es un ensayo polémico, un conjunto de memorias, hasta un estudio crítico. Bien escrito, trabado en agudas síntesis y enfoques apretados, con rasgos de ingenio donde apuntan artista y humorista, Céspedes posee una paleta rica de color que seduce al lector. A diferencia de los anteriores, mantiene el interés de su relato, da vida ardiente a los personajes, sabe relieves aristas y ángulos con maestría de alpinista: la orografía paisajil o psicológica brota nítida de sus manos.

El relato que hace del proceso liberal-republicano, es en parte verdadero y en otra inexacto. Veamos sólo un aspecto. Analiza detenidamente el desarrollo económico del país, pero ese análisis lo induce a conclusiones erradas, porque si bien es cierto que la economía determina en cierta forma el desenvolvimiento de los pueblos, no es lícito olvidar que ella está ligada a otros fenómenos —política, sociedad, religión, cultura, espíritu— que a su vez la influyen y con la cual se expresan conjuntamente. No bastan, pues, lo económico y lo político, para situar el hecho histórico.

¿Cómo pedir a los hombres del pasado que se ajusten a una escala de valores actual? Historia es un fluir eterno, una continuidad, una progresión de alma y materia. Que cada tiempo, cada partido, cada hombre "sienta" que la historia comienza con él es muy respetable desde el ángulo de enfoque del varón de fe, del militante, del líder que encabeza una causa. Mas, al historiador, no se le puede permitir licencias que admitimos al hombre de acción.

Tiene EL DICTADOR SUICIDA un valor esencial: constituye un nuevo planteamiento del suceder boliviano. Es el 'primer cuadro general, el primer ensayo crítico para enjuiciar 40 años —de 1900 a 1940— de política boliviana. Tiene apreciaciones analíticas vigorosas, acertadas, y las figuras están abocetadas con maestría de aguafortista. Céspedes siente Bolivia con pasión de luchador.

Junto a esos valores de síntesis y de forma, EL DICTADOR SUICIDA ofrece una desviación del juicio histórico. No es historia en rigor. Es crónica. Crónica personalísima, aguda, vibrante unas veces, otras ingeniosa. No le faltan talento interpretativo ni capacidad crítica. Pero su pluma vive transida de furores y aún para evocar hechos distantes, se tiñe de parcialidad y de rencor. ¿Resultado? Épocas, hombres, hechos aparecen deformados. Esos 40 años resultan una trágica mascarada donde el autor sólo ve políticos frustrados, payasos y bufones. Sus perfiles son tan despectivos, que despiertan simpatía por los injuriados.

Buen escritor, Augusto Céspedes es mal juez para componer historia. Sus apreciaciones de los gobiernos liberales y republicanos pecan de arbitrarias, injustas. Ni hechos ni hombres fueron como él los ve. Las gentes de su generación que fuimos testigos de muchos de los sucesos que relata, no podemos admitir esta descalificación en masa de la sociedad nacional, puesto que al fin y al cabo son los varones representativos los que expresan una sociedad.

Para relieves las virtudes del nacionalismo boliviano, para contrastar sus grandes realizaciones sociales y económicas, no necesitaba el autor deprimir y negar la obra de los gobiernos liberales y republicanos. Con todas sus limitaciones y errores —también nosotros tenemos los nuestros y seremos juzgados por quienes nos sucedan— esos gobiernos hicieron patria, formaron la nacionalidad, y constituyen hitos imprescindibles del acontecer boliviano. Juzgarlos es un deber, pero juzgarlos con equidad no es menos imperioso.

Si quiso, Céspedes, componer una crónica nerviosa, agitada, "tendenciosa" como él mismo reconoce de los hechos pasados, lo ha conseguido. De objetividad muy dudosa, peca mas bien por "subjetivismo hipercrítico" como también el autor anota. Su relato, por muchas que sean las cualidades que lo adornan, es parcial y deforma la realidad que todos conocemos. Carece de profundidad. Es un discurrir acalorado —incompleto en muchos casos porque sólo toma hechos a capricho e ignora otros factores del proceso sociológico— a través del pasado.

En el sentido auténtico del término, no es historia. Es un relato animado, siempre interesante, de 40 años de vida nacional muy someramente analizados, muy caprichosamente enfocados, como si el lente del fotógrafo solo hubiera querido captar ángulos determinados desechando la visualización total del panorama abarcado.

Es deplorable que Augusto Céspedes, gran narrador, buen ensayista, haya incursionado en el campo histórico, con tan poca fortuna. Que habrá parciales y amigos que lo aplaudan no lo dudamos: la pasión política suele cegar el juicio.

Este libro brillantemente escrito es como un remate de la escuela arguediana. Niega y deprime. ¿Tanta miseria, basura tanta fueron la Bolivia de 1901 a 1940? Ciertamente: no.

Historia, ensayo crítico, relato periodístico, memorias, son géneros diferentes. No es posible amalgamarlos en unidad estilística. Sostenemos, pues, que Augusto Céspedes, excelente escritor, mal juzgador, ha perpetrado un error contra sí mismo.

Si hubiera subtítulo a su trabajo: "panfleto político" diríamos que es impecable. Tiene todas las virtudes del género.

Me duele tener que estampar estas ideas. Soy amigo de Alberto Ostria Gutiérrez, de Augusto Céspedes y de Porfirio Díaz Machicao. Todos tres fueron exaltados en mis libros y en artículos en diarios y revistas, a través de veinticinco años de labor crítica y difusión de los valores literarios de Bolivia.

Probablemente pierda tres amigos. Pero al menos me quedará la tranquilidad del que cumple su deber. En esta época de confusión de los valores, en que la pasión política nubla el entendimiento y el incienso de los acólitos oscurece el juicio, era necesario restituir a la historia su dignidad de ciencia, de arte, de espejo normativo de la sociedad.

Confieso que, desaparecido Enrique Finot, no veo en el horizonte boliviano ningún escritor que merezca el título mayúsculo de historiador.

HISTORIA COMO CIENCIA Y DISCIPLINA

He vuelto a leer "El Dictador Suicida". ¿Significa ello variar de mi juicio inicial? No. Ahora encuentro más yerros y omisiones. Para rectificar a Céspedes se requeriría un volumen de 300 páginas. No soy historiador, de modo que dejo la tarea a los especialistas. Pero para no defraudar al público lector, me limitaré a componer cuatro comentarios que denominaré: 1)

Historia como ciencia y disciplina; 2) Rectificaciones al artículo de Augusto Céspedes; 3) Análisis del capítulo V "El Gobierno Plebeyo"; 4) Para una formación de la Historia Nacional.

Voy al planteamiento original: qué se ha de entender por historia y cómo debe escribirse.

* * *

Apena ver a un escritor del talento de Augusto Céspedes abandonando el campo del cuento y la novela, donde es un vencedor, para invadir el área histórica en la cual vaga como colegial enfurruñado, sin brújula y sin norte. Y no es que le niegue aptitudes para ocuparse del pasado —cualquier persona inteligente puede hacerlo— sino que concedo al género importancia suma. Pienso que un escritor, por hábil que sea, no puede elevarse a la dignidad de historiador si no toma el estudio de lo que fue con espíritu científico, como disciplina intelectual, con amor y dedicación ejemplares. Creo en el investigador de vocación, largamente concentrado en su tema y en sus personajes. No en el improvisador de frases y retruécanos, que sacrifica la verdad para hilvanar una ironía. Un hombre no puede encerrarse en una frase. Ni una vida en una sentencia. Menos una época en una cascada de juicios despectivos. El humorismo no reza con la historia, arte seria, ciencia mayor, eh cierto modo la discusión crítica del pasado.

* * *

No hay más que una historia —dice el poeta— la historia del hombre. Y porque Céspedes no ve a los hombres de nuestro pasado sino únicamente a las marionetas de su personal teatro político, me resisto a llamarle historiador.

Ya Cicerón lo tuvo expresado: historiador es el que no se atreve a decir una mentira ni deja de manifestar una verdad. No digo que Céspedes mienta, pero recoge dices tan, pueriles que desfiguran la psicología de los sujetos que estudia, y omite verdades tan evidentes, por todos conocidas, que deforma la recta apreciación de la época analizada.

Se cree "popular, nacionalista" poseedor de una dialéctica inflexible para exponer los hechos, y en el fondo es sólo un romántico, un subjetivista apasionado. Su visión desmesurada hace del mundo boliviano un teatro agitado donde lo esencial son el epíteto, el color, el choque brusco y contrastante de pasiones, la anécdota. No le faltan fondos analíticos del proceso económico y social, pero su ausencia de información general, su ligereza para enfocar situaciones y personajes derivan, finalmente, en catastrofismo apreciativo. Siente a Bolivia en "novela" no en función histórica. No quiero decir con esto que le falte capacidad para comprender el proceso de la nacionalidad, sino que arrastrado por su combatividad hipertensa de partidario, deja que la sensibilidad ofusque a su razón. Es un temperamento emocional impermeable a la equidad.

Sostengo, pues, que por altos que sean los méritos literarios de "El Dictador Suicida", no es en rigor una obra histórica.

* * *

¿Cómo se ha de escribir la Historia?

Enunciaré algunos conceptos sin pretensión de acierto. El juicio intelectual, falible, relativo, no me ciega. La humildad es la primera condición del que historia, que no debe convertirse en juez, sino en entendedor de los demás. Y porque historia es transición, juego de finos calibres mentales, equilibrio de valores y matices, afirmo que para conocerla y ejercerla, para medir sus figuras y sus hechos, hay que buscar primero la relación adecuada entre ciencia e investigador. Definí en el "NAYJAMA": "historia es el historiador, luego el suceso". Pero esto que ha de entenderse sólo en un sentido poético y simbólico, pasa en el plano científico a su contrario: no hay historiador posible sin entrega total, sin sumersión en la época que se investiga y se pretende interpretar. Por grande que sea un novelista, no basta imaginar para comprender el pasado. Por brillante que discrimine un político, no es suficiente el ángulo de observación dogmático para situar a los demás. Este magisterio del espíritu requiere un maestro de artes humanas, un psicólogo de largo mirar, un investigador metódico y profundo, un ardiente analizador del fenómeno social. Y algo de poeta y estilista.

Para el historiador los hechos no discurren en "tempo" de carnaval, de caricatura, de orgía pasional; antes bien: constituyen el drama inaudito del hombre, la sublimación de su sino,

de su filosofía, de su sentido del mundo y de la vida. Seriedad, responsabilidad son las musas del que indaga en el pasado.

La historia —recuerda Croce— no enjuicia sino justifica todos los tiempos.

Siempre me pasmó la ligereza con que los bolivianos se atreven con la historia. La toman frívolamente como ejercicio deportivo o periodístico, rara vez con vocación científica o en función de disciplina re-creadora. Nada de aquella ciencia sintética del espíritu que estudia el hombre todo y toda la sociedad humana, como una corriente de duración. Nada de aquel axioma del pensador: "en historia todo actúa incesantemente sobre todo". ¿Conocen esta ley axial del acontecer humano, nuestros inquisidores que se atribuyen el acierto mirando por la estrecha mirilla de su simpatía o de su encono?

Bolivia es la historia sin historiadores. Donde más rica, más variada y más dramática se dio la peripecia humana, y donde menos investigadores de vuelo produjo el estudio del pasado. ¿Arguedas? Aunque fue el más laborioso, el de producción mayor, es sólo el tuerto entre los ciegos.

* * *

Valentín afirma que la historia, como la vida humana, es imprevisible, espontánea, como ella hija del momento, de la situación, del carácter diverso de los personajes de su drama. La finura y la opulencia de lo histórico no pueden captarse en la subitaneidad de un juicio superficial. Jaspers agrega que "nadie puede tirar una raya bajo un hombre ni menos puede establecerse definitivamente los pueblos y las épocas en conjunto". Los enfoques provisionales de cada investigador sólo son apreciaciones que jamás alcanzan carácter de perennidad por la condición mudable, aleatoria siempre de esta disciplina. Goetz nos habla de la eterna virginidad de la Historia, porque cada generación la mira con ojos distintos. Ranke discurre que el historiador "persigue la vena espiritual de las cosas". Los modernos la entienden como rígida ciencia fenomenológica. Unamuno, alzándose contra la influencia desmedida del cientifismo, decía: "¡No me quitéis lo maravilloso!" Torrealba añade que a la realidad, en historia, hay que vestirla de colores, y si es preciso llevarla hasta los límites de la magia. Hebbel define: "La historia es el cauce que el río de la vida se abre por sí mismo". El hombre siente —como afirma el filósofo— la terribilidad del mundo su propia impotencia, la necesidad de luchar mecido por ondas contrapuestas del destino y del libre albedrío. De todo esto se desprende que el hombre entero es el órgano para, la investigación histórica, sólo que, como dice el apóstol "cada cual ve lo que trae en el corazón".

Y Céspedes trae cosas y recuerdos tan amargos en el suyo, que me resisto a llamarlos Historia de Bolivia.

* * *

Al concepto clásico de historia como conocimiento del pasado, los hechos humanos considerados no en sí mismos, sino como producto de seres sociales y en su encadenamiento causal; responde el ensayista contemporáneo que "el carácter inconcluso del hombre hace a la historia siempre movidiza, flexible, también inacabada". Porque historia es a la vez acontecer y conciencia de este acontecer. Así como no hay inteligencia capaz de abarcar y comprender el entrelazamiento de las realidades económicas, tampoco existe cabeza capaz de aprehender el tiempo histórico en su totalidad. Y añade en síntesis magistral: "No es posible una voluntad ni un conocimiento de conjunto. La ciencia económica, como la historia, son disciplinas, medios de investigación, nunca sistemas infalibles de conocimiento del todo".

Lord Acton ve la historia no como una sucesión incoherente, sino más bien el desarrollo continuo, y no una carga para la memoria sino una iluminación del alma.

Para los más célebres investigadores, el pensamiento histórico es siempre relativo, nunca exacto ni definitivo. Por eso la modestia y la moderación. Las osadías y exabruptos de un Mommsen, aún sus injusticias —que las tuvo— son flor del genio. Excepciones.

La historia —recuerda otro pensador— es "un constante impulso progresivo de hombres singulares".

Para Céspedes no hay hombres singulares en Bolivia de 1900 a 1940. De modo que el país y la nación subsistieron porque sí. A la deriva. Esto no es cierto.

Cada ciencia —expresa Jaspers— está determinada por su método y su objeto. Cada una es una perspectiva del mundo, ninguna abarca el mundo. Aplicando este juicio a nuestra materia, podemos razonar que la historia es un camino hacia la verdad del pasado. Ninguna historia, es por sí misma, la verdad entera de ese pasado. Lo hipotético del conocimiento, ha hecho pensar a los sabios en el fracaso del pensamiento. A grado tal llegan la reflexión, la conciencia de imperfección del juicio humano en los grandes pensadores.

Por ello el verdadero historiador, consciente de su limitación y de su responsabilidad, procura conocer el modo de pensar y de vivir de los hombres en un período y territorio determinados. Analiza su organización social, su actitud ante los problemas religiosos, culturales, económicos e ideológicos. Las causas de su retraso y su progreso, ya que son factores discontinuos y coexisten en simbiosis permanente. Estudia al hombre en su total complejidad humana, en función de su medio y de su tiempo, buscando los segundos y terceros planos para relieves su psicología. Admite que la historia narrativa, pragmática o moralizante; genética o causal y razonada; científica y dialéctica; providencialista; erudita y especializada; o humanista y de alto sentido teológico no se reduce al esquema "a priori", a las abstracciones presupuestas, a los dogmas simplistas y geométricos; se expande más bien como el universo en movimiento, hacia fines remotos y siempre inalcanzables. Engendra nuevas perspectivas, estudios sin fin. Sabe que las estructuras del espíritu —la historia lo es en grado eminente— requiere de métodos y apreciaciones más elásticos, más finos, que el mero discurrir de un narrador desaprensivo. Y entonces avalora los recursos poéticos de un Toynbee, que sobre la trama densa, intrincada, rigurosamente precisa de un proceso mental bien coordinado, se remonta a los cielos azules de la fantasía, de la simpatía simbólica, del entusiasmo estético. Porque también la historia es música, es orbe poético, cuando hay oído capaz de oír y de entender el alfabeto de estrellas que maneje el explorador de mundos desvanecidos.

* * *

Y perdone el lector si abundo en citas y en nombres. No fue alarde pedantesco. Mi contrincante es tan rotundo, tan excesivo en sus juicios, parece poseído de un orgullo tan sólido en cuanto escribe, que podía desbaratar de una plumada toda mi argumentación. ¿Qué puede importarle a él, la opinión del escritor Díez de Medina, si cuarenta años de vida boliviana son menos que un poroto para su pluma belicosa?

Tal vez el peso de prestigios y autoridades mayores frene el galope de fantasía tan atrevida.

Por eso lo menciono aquí. Para demostrar que historia no es un capricho, ni un deporte, ni menos todavía un "arma política" para librar batallas contra molinos de viento.

* * *

El investigador del pasado debe conocer —y manejar— el método histórico, el método psicológico, el método estilístico. Beberá largamente y hondamente en las fuentes, hasta adquirir información de primera mano, sin la cual no hay historia posible. Acudirá a las ciencias auxiliares: arqueología, geografía, etnografía, lingüística, sociología, economía, estadística. Pintará el lienzo policromo de la sociedad estudiada. Resucitará las almas no a través de muñecos grotescos, sino de personalidades vigorosas, triunfadoras o vencidas, con luces y con sombras, pero con el halo de grandeza que siempre rodea el misterio de la hazaña humana. Será escrupuloso al referir lo que investigó, ecuaníme al juzgar la acción ajena. No hay historiador sin vocación, sin amor, sin entrega desinteresada al tema que puede llenar una vida. Requiere luego tiempo, persistencia para adquirir la técnica del oficio: suprema artesanía. Carácter indomable para vencer de las dificultades, de los problemas, de los enigmas que supone una investigación sistemática. Y finalmente, cuando todo ese largo y difícil, ese paciente acarreo de materiales esté ya realizado, lo que supone años de sacrificios valerosos, recién comenzará la tarea titánica de ordenar, clarificar, por medio de las grandes síntesis comprensivas, que sólo se logran con verdad, justicia y serenidad de pensamiento.

Sólo entonces, cuando se contempla la vastedad del camino recorrido, la complejidad del proceso elaborativo, la hermosa dificultad de una vida dedicada al estudio y a la meditación, se comprende por qué la Historia está clasificada entre las ciencias del espíritu.

* * *

No es éste —desgraciadamente— el caso de Céspedes. En "El Dictador Suicida" asistimos a la sustitución de nuestra historia —1900 a 1940— por una confesión emotiva y explosiva, que no vacilo en calificar de arbitraria, de no verídica. Parece que al autor no le interesa la certidumbre de los hechos, sino solamente la vigencia de aquello que trata de afirmar. Aquí el político mata al historiador, con una tal intransigencia, con una tal incapacidad de comprensión, que me traen á la memoria las palabras de Mommsen, al terminar el capítulo 10 del libro IV de su "Historia de Roma", refiriéndose al odio de César contra Catón, al cual persiguió hasta la tumba: "... con aquel profundo rencor que sienten de ordinario los políticos de acción contra sus adversarios en el terreno de la idea...".

Y no es que pretenda comparar a Céspedes con César. Se trata sólo de comprobar que el viejo Adán sigue latiendo lo mismo en la túnica imperial que en el partidario populista.

RECTIFICACIONES AL ARTICULO DE

AUGUSTO CESPEDES

Frente a las graves meditaciones —y definiciones— que recordamos ayer ¿qué dice Céspedes? Simplemente: que "historia es veracidad, significación y síntesis". Pero ¿cómo ser veraz, cómo encontrar lo significativo en los hechos, cómo alcanzar su síntesis clarificadora? Estas son cosas que el autor de "El Dictador Suicida" presiente mas no practica.

Historia es un sistema de ideas, un método, una técnica investigadora. Cuando el modesto aficionado la define como "veracidad de los hechos relatados, una escala de valores para seleccionarlos, y un sentido dialéctico para enlazarlos y sintetizarlos", tenemos derecho de contestarle: la definición puede ser buena, pero como toda definición es muy esquemática y vaga. Ya Toynbee nos habló del relativismo histórico.

¿Qué es verdad? ¿Lo que piensa, lo que entiende el lector común? ¿Un periódico, un discurso, un mensaje? ¿El juicio iracundo del enemigo, la lisonja interesada del partidario? ¿Una lectura rápida hecha al fuego de la pasión intencionada? ¿El documento? ¿Un rumor callejero? ¿El criterio de los contemporáneos? ¿El análisis comparado de las fuentes de información? ¿Certidumbres o hipótesis? ¿La afirmación ligera del hombre de todos los días? ¿El fruto sazonado del estudioso que sólo afirma lo que comprobó?

Antes de plantearse la premisa de lo verdadero, el historiador responsable se pregunta: ¿domino el tema, agoté las fuentes informativas, maduré el juicio? Sólo venciendo esa disciplina previa de investigación y crítica, se aproxima el estudioso a la verdad. Irá luego a formar su opinión como buen magistrado: oyendo a las partes, lo mismo a los que acusan que a quienes se defienden. Porque la veracidad de los hechos no brota de la apreciación meramente subjetiva, sino del análisis imparcial y general del fenómeno estudiado. Perdonamos al crítico que a veces se deje llevar por el estallido emocional, si en el cuadro de conjunto revela discreción equilibrio, sentido de las proporciones.

Cuando se mutila la información documental, escogiendo sólo aquello que conviene a los fines del juzgador, y se deforma el trazo de los personajes al impulso pasional, el juicio histórico se convierte en apreciación personalísima. Ya no hay verdad, ya no es historia, porque todo cuanto se aleja de experiencia y realidad —las dos grandes fuentes para la averiguación del pasado— cae en los dominios de la pura literatura.

La lectura de "El Dictador Suicida" demuestra que Céspedes ignora —o no quiere conocer— la verdad de esos 40 años de historia boliviana. Su ángulo de enfoque, excesivamente cerrado, sólo le permite ver la mascarada trágica proclive a los pesimistas.

* * *

Si el problema de establecer la verdad es complicado, no lo es menos encontrar una escala de valores para seleccionar los hechos.

¿Cómo se mide y se pesa una época determinada? ¿Bajo qué escala de valores se desenvuelve el juicio histórico, los espirituales, los políticos, los sociológicos, los económicos? ¿Quién es el audaz que a bulto puede afirmar esto es lícito y aquello ilícito? Si no se conoce a fondo el proceso social, midiendo a hombres y sucesos no con lente actual —lo que es anticientífico— sino con la lente adecuada al tiempo y lugar en que transcurrieron, mal se puede hablar de veracidad y de facultad valorativa.

Por eso dije: en vez de revisión, formación de nuestra historia que prácticamente inexistió salvando aislados autores. Excepción hecha de Camacho y de Arguedas, o del compendio de Finot, no se ha compuesto historia de Bolivia en el siglo XX. Muchos se ocuparon de estudios históricos, cosa distinta. La hizo, sí, Moreno con ciencia y gallardía en el siglo XIX; pero "Las Matanzas de Yáñez" —modelo en el género— no tuvo imitadores.

Si el relato de esos 40 años de vida nacional — 1900 a 1940— está todavía por escribirse ¿a qué escala de valores sujetar nuestros juicios? El material a investigar no ha sido aún ordenado, clasificado y decantado de acuerdo a los modernos procedimientos técnicos. La marejada de las pasiones no ha descendido lo suficiente para ver la estatura real de los personajes del drama. Los diarios, la folletería, los documentos oficiales, la crónica parlamentaria, contienen valiosa información no desbrozada. Faltan, empero, trabajos críticos, investigaciones formales, estudios psicológicos para comprender la época liberal, apenas entrevista en el trazo abocetado de los ensayistas.

La escala de valores a que se refiere Céspedes, es pues tan problemática como la veracidad de los hechos.

No quiere decir esto que se deba abandonar el estudio por las dificultades que ofrece; al contrario: significa que precisamente por sus peligros y vacíos, el historiador extremará precauciones para componer un cuadro cabal de la época.

* * *

Tocante a la tercera condición: un sentido dialéctico¹ para enlazar y sintetizar los hechos.

Para los preceptistas, dialéctica es la forma mental en que se expresa la conciencia histórica moderna. Se entiende la historia como tránsito, transformación, proceso en movimiento. Todo se justifica, aunque todo debe ser superado. El materialismo histórico, que sólo es una forma del pensamiento dialéctico, concibe las realidades sociales reduciéndolas a órdenes de producción económica, como enlazadas unas con otras mediante tránsitos dialécticos. Cada época —afirma Weber— contiene en sí el sentido pleno de la vida histórica. Pero las evoluciones históricas se verifican por oposiciones y luchas reales.

Dentro de los grandes esquemas estructurales del pensamiento, la idea del progreso, la idea del ciclo, la idea de la evolución dialéctica, ocupan lugares correlativos, interdependientes. No se puede comprender una de ellas sin conocer a las demás. Toda la historiografía positivista arranca de la idea monista del progreso: sociedad económica liberal, pacifista y racionalmente organizada. De Vico a Spengler, la historia, es entendida como una sucesión o teoría general de ciclos culturales, asemejándose al ciclo cósmico u orgánico: todo nace, crece, declina y recomienza. La evolución dialéctica viene a ser como un remate de las infinitas oposiciones en que se mueven la vida y el pensamiento humanos.

Ahora bien: ¿a qué proceso dialéctico referirse en nuestra historia, si comenzamos por negar el pasado y aminorarlo hasta el ridículo?

Turner nos da una explicación más lógica. No puede haber interpretación única de la historia y el movimiento de los hechos no se explica sólo por una fuerza directriz o propósito

determinante. En cada situación existe un complejo de factores que sólo pueden conocerse por el análisis y evaluarse por la síntesis. El problema de interpretar la historia, como cualquier otro problema científico, se convierte en el de descubrir los modos y tendencias de la acción y de la interacción.

En lo nuestro: si vamos al método dialéctico, para calibrar mejor la síntesis nacionalista, hay que dar plena vigencia a la tesis liberal y a la antítesis socialista de cuya confrontación surgió el proceso político-social que hoy vivimos.

Para Céspedes el positivismo liberal y la insurgencia socialista en Bolivia son dos alpagatas.' Por eso digo que no es historiador...

Vamos a las rectificaciones. Como buen diletante; piensa Céspedes que Burckhardt es ante todo un historiador de arte. No tal. El "CICERONE" y sus estudios sobre el Milquinientos italiano o acerca de las artes plásticas, la poesía y la música en la Hélade, harían creer en el esteta. Los estudiosos saben que esa fue sólo una de las facetas de su genio. Burckhardt es uno de los padres de la historiografía moderna. Sus libros son antes que tratados de estética ciencia severa, razonada, donde la penetración analítica brilla al tiempo que la belleza del estilo. Sus grandes obras "HISTORIA DE LA CULTURA GRIEGA", "CONSTANTINO" LA CULTURA DEL RENACIMIENTO EN ITALIA", "DEL PAGANISMO AL CRISTIANISMO" son creaciones clásicas en el género histórico. Y sus "REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA UNIVERSAL" le convierten en uno de los más profundos teorizantes del pasado. Burckhardt figura, con justicia, entre los más altos historiadores del siglo XIX: al lado de Ranke, Curtius, Niebhur.

* * *

Que Mommsen fue apasionado y a veces injusto, no afecta a la maciza estructura erudita y crítica de su obra. Es natural que a los italianos, cuando son rabiosos nacionalistas, les duela que el insigne alemán haya dado por tierra con el mito de la pureza de Catón o la grandeza moral de Cicerón. Pero si se lee GRANDEZA Y DECADENCIA DE LOS ROMANOS de Ferrero —otro italiano, acaso el mayor de los historiadores modernos de su patria— se verá que Ferrero coincide con Mommsen al juzgar a Catón y a Cicerón. Ciertamente el retrato de César que hizo el tudesco, llevado del arrebatado admirativo, suena a poema épico; pero es que Mommsen no veía en el hombre del Rubicón solamente al romano, sino al guerrero y al político universales. Descontadas esas manifestaciones del temperamento, Mommsen es, para la apreciación de conjunto, un frío razonador. Historiador, filólogo, jurista, el hombre se somete casi siempre al investigador imparcial. Su exigencia científica lucha a brazo partido con la conciencia política. Los arrebatos personales al juzgar a los demás son explicables si se miden en relación a la probidad con que enjuicia una época. Nadie se sustrae del todo al clima de odio y de amor en que fluye la vida. Pero hay pasiones justas y pasiones desorbitadas. Mommsen fundamenta las suyas, las hace valederas. ¿Qué importan esas licencias —o esos yerros— frente a la monumentalidad de 60 años de estudios? Una nueva interpretación crítica e histórica del mundo romano; una ciencia contrapuntística para el análisis; un soplo poderoso y poético en la síntesis, todo esto hizo de Mommsen un gran historiador. Y al grande hombre podemos tolerarle licencias que no admitiríamos a los demás.

* * *

No comprendo la indignación de Céspedes cuando expresa: "... me siento forzado a distanciarme de aquellos escritores con quienes el crítico ha querido ligarme con increíble malevolencia juzgándome simultáneamente con ellos". ¿Y por qué no? No hay tal intención malévola. Céspedes, Ostria Gutiérrez, Díaz Machicao son tres escritores bolivianos que escriben sobre hechos históricos. Nada más lógico que ocuparse conjuntamente de sus libros, porque los tres son literatos y ninguno historiador.

* * *

No es cierto que yo sugiera al alma boliviana "una serena indolencia, una ponderación académica" frente a la "frustración de nuestra historia". Esto sí es malévolo. En 25 años mis libros y mi actuación cívica prueban lo contrario: iconoclastismo, revisión de valores, pasión en las ideas, entusiasmo y coraje para la lucha contra la desviación colonialista. Lo que sostengo es que si la historia la hacemos los bolivianos con exceso de vehemencia, rayano en el fanatismo, al menos debemos escribirla con justicia. Nada más ni nada menos.

* * *

Arguedas no es racista ni romántico como supone Céspedes. En su época —y en la América andina— no existía la pugna racista agitada desde el siglo XIX por Gobineau y otros pseudo apóstoles del arianismo. Arguedas fue un historiador pragmático, liberal y positivista. Racista es Céspedes que esgrime el término "blancoide" agresivamente, participando de aquel infortunado resentimiento de Tamayo, contra quienes impugnaban su intransigente indianismo filosófico y político.

* * *

Yo combatí a la Rosca Minera con tanto ardor como Céspedes. Creo innecesario explayarme sobre el tema. Pero me parece un despropósito afirmar que liberales y republicanos, durante 40 años, bajo la influencia del patinismo, sólo se ocuparon de "la religión del estaño" Bonita frase para discurso pueblerino. Querámoslo o no las administraciones liberales y republicanas hicieron patria; tuvieron tradición, instituciones, una técnica económica; educaron, construyeron, dieron contenido cultural al país, aunque no con la extensión y amplitud democráticas conque lo hacemos hoy, porque las masas no habían despertado aún a la vida civil.

Soy tan nacionalista como Céspedes. Sólo que hay dos nacionalismos: uno totalizador, rabioso, inflexible que piensa que la Nación nace el día que surge el partido; otro sereno, razonado —aunque sea igualmente combativo— que para valorar la propia acción no necesita desconocer la ajena. Los hombres de la Revolución Nacional queremos re-modelar Bolivia. Es natural. Política, polémica y propagandísticamente es lógico que muchos se sientan superiores a los hombres que pasaron. En el plano histórico no es admisible esa fulminación jupiteriana, esa "negación dialéctica total e irrevocable" del pasado que equivale a desconocer cuanto vive en tiempo y espacio.

La Revolución de 1952 es grande no porque rechaza el pasado, sino porque después de haberlo combatido tenazmente, lo absorbe y lo supera dando un nuevo contenido social al proceso histórico. Aquí la biología dice la última palabra: pueblos, partidos, hombres, ideas se enlazan unos con otros. Nada nace por generación espontánea.

* * *

La revisión de nuestra historia la tengo planteada en mi "THUNUPA" (1947). Pero también en esto difiero de Céspedes. ¿Quién revisa y cómo revisa? Porque si se alega que en "100 años de desplazamiento de la perspectiva de Bolivia, siempre contemplada desde las metrópolis" es necesario decantar la historia misma, brota al punto el extremo opuesto: no sea que por mirar mucho hacia adentro acabemos por creer que el mundo sólo existe en función nacional.

La revisión de nuestra historia debe hacerse con pupila serena y mente limpia. Es verdad —como dice un historiador inglés— que "en cualquier época de cualquiera sociedad, el estudio de la historia tal como otras actividades sociales, está gobernado por las tendencias dominantes del tiempo y el lugar". Más, esa influencia de medio y época no supone límites cerrados de enfoque y apreciación.

Revisar la historia como método de profilaxia nacional me parece excelente. ¿Sería para reemplazar a un mal menor por un mal mayor? No. Entonces si se reprocha al pasado la tergiversación y deformación del proceso histórico, que los nuevos historiadores se guíen por métodos científicos, que analicen con detenimiento y enjuicien con probidad. Es lo menos que podemos pedirles. El estudio de Céspedes lo hallo endeble en el aspecto histórico, porque no se ocupa de superar la interpretación del pasado, sino que —aunque con más vigor ideológico y con mucha más elegancia de expresión— insiste en las líneas pragmáticas, pintorescas y anecdóticas del "arguedismo": la historia como novela por entrega, rica de amenidad y de emoción.



ANALISIS DEL CAPITULO V:

"EL GOBIERNO PLEBEYO"

Céspedes ve a Montes, Saavedra y Salamanca, como personajes grotescos. Para él todos tres son pequeños sujetos despreciables como los vieron sus émulos: Montes el "vendepatria"; Saavedra "el mono"; Salamanca el "fracasado del Chaco". Conocí personalmente a los tres presidentes y puedo afirmar que, con sus virtudes y con sus defectos, son nobles personalidades de nuestra historia. Yo los veo como figuras trágicas, en pugna siempre con el destino y con su época. Estadistas positivos, se ocuparon más de construir que de propagar la excelencia de su obra. Sólo la perspectiva del tiempo justificará a tan eminentes políticos.

Los tres pertenecen a la escuela liberal. El positivismo. Y el neutralismo científico nutren su pensamiento. La idea del progreso los alienta. El humanitarismo ennoblece sus sueños. El Estado es una forma señorial de la conducta, el individualismo su, resultante lógica. Gobernantes de formación liberal, demócratas de forma, serán autócratas de esencia, porque no había, entonces, otra manera eficaz de gobernar. Los tres asumieron plenamente la alta responsabilidad de conductores de nación. Montes sacrifica el Litoral para edificar la nación moderna, lejos del dogal y del peligro chilenos. Saavedra despierta a la clase media y la lleva a gobernar, prendiendo también la inquietud política en las masas; su estilo enérgico, afirmativo, anuncia ya el nacionalismo larvado en los estudiantes que lo combaten. Salamanca, después de un magisterio didactizante en el parlamento, carga sobre sus espaldas cansadas la inmensa responsabilidad del conflicto del Chaco. Los tres cierran la etapa del gobierno de los señores, de los grandes presidentes que mandan y configuran la nación de acuerdo al principio liberal: libre empresa, idea del progreso, organización racional de la sociedad y de la economía.

Su estilo individualista y directo, su quehacer positivo, no lo podemos juzgar con pupila socialista. Para ellos gobernar no fue sólo capricho y atropello, sino organizar y decidir en trances supremos en los que todo el peso del Estado recaía sobre su voluntad realizadora. La pérdida del Litoral, la Revisión del Tratado de 1904, el drama del Chaco, sólo se explican a través del medio social, confuso, invertebrado, de las fuerzas políticas en pugna, y de las recias personalidades de Montes, Saavedra y Salamanca que fueron, finalmente, expresión por una parte, y guías por otra, del anhelo colectivo de nación.

* * *

Hay más. Los tres presidentes pertenecen al tipo señorial de que habla Nietzsche con profundidad y finura incomparables, que tan, sólo se halla ligado a sí mismo, que sólo puede medirse por su propia estatura. Retorno a la hondura trágica. Estos enormes solitarios, que rebasaron la mediocridad ambiente, no pueden ser entendidos por los acólitos que los rodearon ni menos, todavía, por los exaltados que únicamente atisban el perfil somático-fisiológico, con olvido de la aprehensión psicológica espiritual.

Estos señores —y estadistas— que hicieron de su vida cátedra política, arte de gobernar, rigiendo el acontecer nacional firmemente, aunque limitados por el medio y la época en que les cupo actuar, habrían sido buenos gobernantes en cualquier parte. Montes y Saavedra dejan un estilo, un renombre y una obra que les sobreviven. Salamanca expía con la vida el fracaso del Chaco; queda la herencia de su probidad, de su sapiencia como legislador.

Antes de 1932, Bolivia no podía ser gobernada de otro modo: por hombres de élite, con una dirección jerarquizada. Pocos, dirigiendo activamente, hicieron posible la empresa liberal. Pues sólo el que obra, el que actúa —recuerda Weber— el que es una parte de lo vivo puede entender lo vivo. FACTUM EST VERUM. El conocimiento es tan sólo una sombra del acto. La ideología del hombre de élite, liberal, es pues revolucionaria a su modo, activista, absorbente y anticuantitativa. Busca la gran organización nacional a través de una conducción férrea, sostenida. ¡Pero qué desgarramientos interiores, qué dudas, qué conflictos, que meses que se vuelven años, en estos políticos que manejan las republiquetas sudamericanas!

Sin tener a su alcance las fuerzas económicas, los acicates políticos y geográficos, ni el desarrollo demográfico y cultural conque contaron los Briand, los Masaryck, los Churchill, nuestros mandatarios debieron jugarlo todo a la suprema carta del acierto o del error personal. Por eso fueron grandes.

Y si desconozco a Céspedes pasta de historiador, es justamente por la miopía que le vela los ojos frente a la grandeza irremediable de Montes, de Saavedra y de Salamanca, hombres superiores, políticos de fuste, aun en medio del error y de las debilidades connaturales del ser humano.

No puede juzgar el pasado quien empeequeñece lo grande y niega una realidad social más fuerte que el tiempo y los rencores de partido.

* * *

Esto no quiere decir que yo sea un defensor de las administraciones oligárquicas a las que políticamente combatí con igual decisión que Céspedes. Muchas de las acusaciones que se les formula son justificadas. Pero el historiador debe pesar por igual lo negativo y lo positivo de un gobierno, y si se habla de sus grandes errores y sus defectos, es justo señalar también sus nobles aciertos y sus virtudes.

* * *

Vamos al capítulo V del libro: "El Gobierno Plebeyo". Conozco actores y sucesos del gobierno de Saavedra (1920-1925) y puedo asegurar que la tragicomedia aquí descrita no refleja la realidad.

Saavedra fue gran gobernante para su tiempo.

Tuvo una política internacional definida. Terminó con los litigios fronterizos con Brasil y Argentina. Buscó la aproximación al Perú. Planteó la revisión del Tratado de 1904. Su reivindicacionismo portuario no fue postura demagógica sino razón de Estado. Soñó a Bolivia fuerte y respetada trabajando lealmente para verla así.

Que el empréstito Nicolaus fue leonino es evidente. Pero con esos fondos se hicieron ferrocarriles, se modernizó ciudades, y finalmente no lo pagamos. Hipotecó las rentas del país y afectó a su crédito, mas queda un saldo realizador que el historiador debe anotar. El empréstito internacional fue un recurso de la economía liberal en Sudamérica. Mal necesario en su época. Así hay que verlo.

* * *

No es cierto que la gente culta hubiera estado toda contra Saavedra; muchos personajes de élite lo colaboraron. Saavedra gobernó con una minoría de señores, con las clases medias, y tuvo el apoyo de cholos y artesanos, lo que es distinto de afirmar a bulto "la cholada saavedrista".

Patiño y Aramayo empujaron la caída de Gutiérrez Guerra. Luego los magnates mineros se dividieron: Aramayo apoyó a Salamanca y Escalier; Patiño estuvo alternativamente frente y al lado de Saavedra según convino a sus intereses. Saavedra combatió al patinismo; reconozcamos que perdió la batalla, sin olvidar que impuso tributos a la gran minería.

No es verdad que "las masacres de Uncía y de Jesús de Machaca no representaron jamás desprestigio para los presidentes de mentalidad liberal". Hace 30 años que la opinión pública censura esos trágicos sucesos. Había pues nación, cultura, ética civil en Bolivia —siempre las hubo— para apreciar lo bueno y repudiar lo malo.

El aspecto cimero de este gobierno es la cuestión social; No había sindicatos, huelgas cotidianas, ni mayorías organizadas por ese tiempo. Mayor mérito. Saavedra no trabajó acosado

por la presión de las masas, sino por convicción concienzuda de gobernante y de sociólogo, interesado en el despertar de su pueblo. Las primeras leyes sociales en defensa de trabajadores y de empleados, son obra suya. Esto merece algo más que la enumeración conmemorativa. Y luego está el populismo del Mandatario, precursor de las corrientes socialistas, que supo estimular el ansia de superación de las mayorías nacionales.

El retrato que Céspedes hace de Saavedra peca de maligno y falso: en lo físico y en lo psicológico. Es una caricatura y no un retrato.

Positivista en sus ideas, autócrata por sus actos, Saavedra fue una mentalidad compleja que gobernó en medio revoltoso y en tiempo erizado de dificultades. Era caudillo, el típico caudillo sudamericano, que atenuaba la rudeza de su puño con la responsabilidad del estadista. Abogado, escritor, sociólogo, dejó dos obras excelentes: LA DEMOCRACIA EN NUESTRA HISTORIA y EL AYLLU. Notable polemista se ocupó de asuntos internacionales, de finanzas, de cuestiones sociales, de temas de alta cultura. A su regreso de Bélgica y de Holanda, en 1930, le escuché una mañana, paseando por el Prado, conceptos verdaderamente felices sobre la educación artística del pueblo, la lucha contra el analfabetismo y la urgencia de transformar la economía para redimir a las masas. El divorcio entre su formación filosófica y jurídica, y su actuar despótico, no obedeció a capricho, sino a la forma violenta e insistente en que se vio asediado por el liberalismo desplazado y conspirador.

No fue "el más elevado arquetipo en la especie del cholo paceño" como piensa Céspedes. En Bolivia, donde todos somos mestizos de sangre y de alma, Saavedra fue una expresión superior del tipo nacional, donde se alean en proporciones desiguales lo criollo, lo mestizo y lo indígena.

Dominado por la "energía administrativa", Saavedra quiso removerlo todo. Transformó La Paz de gran aldea en urbe, mediante trabajos públicos que dirigió personalmente, intentó militarizar las escuelas para levantar el espíritu nacional. Inauguró la primera exposición industrial en 1925. Impulsó la aviación civil y militar, aceleró las ferrovías Potosí-Sucre y Atocha-Villazón. Dentro de la penuria fiscal se preocupó por la educación, por las comunicaciones, por el culto. Dio apoyo a la incipiente industria y al intercambio comercial, celebró el primer centenario de la República con obras de beneficio colectivo. Voluntad dinámica, hombre culto en toda la acepción del término, estuvo en todo cuanto significaba progreso y renovación para los bolivianos.

Duro en exceso con sus adversarios, fue el prototipo del gobernante liberal constructivo. Su genio realizador galvanizó la administración a la que impuso normas severas de rendimiento y disciplina. Impulsar las obras públicas, intervenir directamente en polémicas políticas, contribuir al progreso de las ciudades, facilitar la participación del pueblo en la actividad civil fueron los ideales de su espíritu batallador. Aprisionado por el anillo de hierro de la economía minera, no pudo, lógicamente —nadie lo habría conseguido por esos años— trabajar en escala nacional ni en función activa de las grandes mayorías. Fue un precursor.

No por esnobismo, sino porque raigalmente lo entendía así, Saavedra dio ejemplo al país transformando al Partido Republicano en Socialista, con un programa avanzado para su tiempo. De sus filas saldrían muchas figuras de prestigio que intervinieron con brillo en gobiernos posteriores. El antiguo liberal, el gran presidente republicano, transmutado los 60 se convirtió al socialismo. ¿Qué mejor demostración de vitalidad política, de perspicacia mental?

No fue pues Saavedra el producto grotesco y arbitrario del "cholerío paceño" como anota Céspedes con maligna intención, sino un estadista de verdad, un político ciertamente complejo por su estructura psíquica, un vigoroso realizador.

Su huella fecunda queda en la historia y en las letras nacionales.

* * *

Céspedes no ve las dislocaciones sociales producidas por los nuevos modos de producción de la riqueza. Atribuirlo todo a la gran minería es, científicamente, algo pueril. En los primeros años de Saavedra la gran minería recién comenzaba a organizarse como "trust"

'financiero. (La Patiño sólo se transforma en compañía norteamericana en 1924 para evadir nuestras leyes impositivas) Que ella dominaba la economía nacional es cierto. ¿Pero qué papel jugaron la industria naciente, el comercio importador, los latifundistas liberales, el intercambio interno, y la pequeña minería? La infinita multiplicación de las actividades humanas no se puede reducir a un esquema general.

* * *

Tampoco me parece acertado ocuparse sólo de Saavedra y de algunos personajes explotables por el ridículo, para historiar una época que abundó en figuras de primer, de segundo y de tercer plano. La historia la encabezan pocos, pero el investigador tiene necesariamente que buscar puntos de apoyo en muchos para justificar el hecho social. Tocante a la cultura Céspedes le da la espalda. ¿Por qué callar que de la llamada "Generación del Centenario" salieron muchos líderes políticos y valores sobresalientes de la intelectualidad contemporánea? ¿Por qué no se analiza el proceso cultural y la manera cómo pueblo y juventud se acercaron al socialismo mundial, preparando la insurrección popular que estallaría 20 años más tarde?

* * *

Toda historia presupone un objetivo y un método. El capítulo V del libro de Céspedes —y por él puede medirse el libro todo— deja la sensación de que el objetivo consiste en escarnecer a los gobiernos liberales; y el método se refiere a la superposición de anécdotas, pasajes, y personajes pintorescos, acentuando lo ridículo del suceso humano, hasta conseguir que el relato se convierta en visión jocoseria de los acontecimientos. Confieso que Céspedes tiene condiciones insuperables como novelador y hallazgos muy felices de humorista. Su obra está muy bien escrita. Es producto, a la vez, de la pasión partidaria y de la ironía mordaz. Casi diría que ha elevado el panfleto político a la categoría de obra de arte.

* * *

Pero para quienes conocen y vivieron la época de Saavedra ¿esos cinco años del primer gobierno republicano, fueron solamente el rápido desfile funambulesco que se pinta en diez páginas? Seguramente: no. El drama boliviano no puede verse en tiempo de "comedia", ni sentirse en ritmo de opereta. El "saavedrismo" que anuncia la "subversión mestiza y antirrosquera" en el país, aparece grávido de enseñanzas y proyecciones históricas, cuando se estudia en profundidad el proceso de su desarrollo. Otro será el momento de hacer ese análisis. Baste recordar que como movimiento de tránsito entre la oligarquía liberal y la irrupción popular de 1952, es, histórica y sociológicamente, una de las épocas más dinámicas y sugestivas de nuestro pasado.

* * *

Para ser historia, le falta a este capítulo verdad, porque calla muchos hechos positivos, ignora a hombres salientes, y se reduce a pintarlo todo con carbón, con escarnio de sucesos y personas. No ofrece una escala de valores para seleccionar los hechos, porque previamente el narrador les ha impuesto la impronta de su furia y su desprecio. Y finalmente carece del sentido dialéctico para enlazar sintetizar los, sucesos, porque los coge aislados, mutilados del autentico proceso social a que pertenecen, sin dar lugar al análisis comparado de iluminación y oscurecimiento inherente a la peripecia humana.

He aquí, pues, cómo con su propia definición de la historia —verdad, significación, síntesis—Augusto Céspedes demuestra que no es historiador.



FORMACION DE LA HISTORIA NACIONAL

Lo admirable en Céspedes es su vuelo para el epígrafe. Titula partes y capítulos con maestría de gran narrador. Compuesto en forma de novela "El Dictador Suicida" sería sensacional.

Las cinco partes en que se divide la obra, desde la mera enunciación, revelan lo equívoco, tendencioso y antihistórico del enfoque general. Analicemos el caso.

* * *

La primera: "Antinación y anticultura". Bolivia se organiza como nación precisamente a partir de 1900, con Pando. Los liberales, a pesar de la cesión del Litoral, de la plutocracia patinista del contrato Speyer, puntos que clarificará la historia y no el arrebató partidista, pusieron las bases del Estado actual: política, sociológica y económicamente. Esto consta a todos, no requiere demostración. La mejor prueba está en que el MNR —después de los ensayos malogrados del Socialismo y del PIR— surge dialécticamente como síntesis superadora de popularismo y redistribución de riqueza, cuando juzga terminada la etapa del positivismo ideológico y de la economía de libre empresa.

Dos botones de muestra para juzgar la eficacia de la construcción liberal, que abarcó desde la renovación jurídico-institucional hasta la organización administrativa: los ferrocarriles y las escuelas. Las ferrovías vertebraron la nacionalidad uniendo los centros productores con los mercados de consumo, permitieron la exportación de minerales, dieron impulso a la industria y al transporte. No se han erigido mejores escuelas que las que los liberales mandaron levantar; nuestros escolares se siguen sentando en los bancos que el presidente Montes trajo al país hace 40 años; y no hubo todavía maestros más preparados que los que formó la misión Rouma.

La obra educativa del liberalismo la ha reconocido públicamente —y cómo le honra— el propio Jefe de la Revolución Nacional: Víctor Paz Estenssoro.

¿Cómo hablar de anticultura, si la época liberal que se prolonga de 1900 hasta 1930 da las grandes líneas jurídicas, filosóficas y espirituales del quehacer nacional? En esos 30 años florecieron mentalidades como Jaimes Freyre, Tamayo, Carrasco, Sánchez Bustamante, Díaz Romero, Salamanca, Mendoza, Eduardo Díez de Medina, Chirveches, Saavedra, Otero, Reynolds, Prudencio Bustillo, Finot, Guerra, Arguedas, Costa du Rels, Bedregal, y tantos otros. Floración de ciencia y arte que no ha sido ciertamente superada.

El liberalismo boliviano tuvo una concepción del mundo, una filosofía política, una técnica de organización administrativa, y un sentido de los valores espirituales que le permitieron redondear su obra creadora. Base ideológica, dinámica realizadora, estilo político en torno a la idea de progreso y libertad. Esto es cultura, aunque las condiciones de época y lugar —no se podía aplicar los principios socialistas de entonces— confinaban el manejo del saber y la técnica del gobierno a minorías cultas.

* * *

La segunda: "Saavedrismo y Silismo, insurgencias criollas". Con Saavedra no sube el pueblo al poder sino la clase media en plenitud, que por lo demás ya se había abierto campo en escala menor con Montes. De 1920 a 1925 señores, cholos y mestizos comparten la dirección gubernativa, pero las masas no. No fué pues "gobierno plebeyo" el de Saavedra, sino gobierno de aglutinación de clases, con predominio conductor de la minoría intelectual. Céspedes no divisa los aspectos constructivos de Saavedra ni de Hernando Siles, porque desdeñosamente, antes de estudiarlos, ya los condenó su fobia antiliberal y antirepublicana.

* * *

La tercera: "Primera restauración oligárquica". Los años de 1920 a 1930 fueron de irrupción republicana. El estilo de gobierno todavía liberal, pero ya surgen fuerzas nuevas que anuncian la insurgencia popular futura y socavan la institucionalidad de libre empresa. Es el

puente entre el liberalismo declinante y el socialismo naciente. La plutocracia mantuvo el dominio de la economía nacional. Saavedra y Siles se alzaron contra la Rosca Minera pero carecieron de respaldo mayoritario para derribarla: El "status" económico no cambia. Lo interesante es comprobar cómo aun dentro del sistema de libre economía, ceñidos por el anillo de la exportación estañífera, ambos gobernantes impusieron las primeras leyes sociales, hicieron la reforma hacendaría, abrieron nuevos cauces a la insurgencia de las multitudes. Surgidos de la Universidad, de la élite intelectual del país, Saavedra y Hernando Siles fueron adalides del pueblo y de la juventud. En 1930 no hay restauración oligárquica, sino sólo continuación y remate del proceso iniciado en 1900. Es la etapa final del liberalismo político y económico, ya en franca descomposición.

* * *

La cuarta: "El militarismo socialista". No hay tal. Fué el socialismo civil-militar. Porque fueron los discípulos de Saavedra y los discípulos de Siles los que indujeron y orientaron a los militares a incursionar dentro de un socialismo incipiente. De gabinete o de ágora, esa acción socialista, a través de gobiernos militares de forma y civilistas de contenido, preparó el tránsito al nacionalismo actual. Toro y Busch, empujados y colaborados por políticos civiles son precursores del socialismo nacional.

Que Céspedes atribuya todo el mérito de la insurgencia del pueblo boliviano a los líderes del MNR me parece políticamente muy acertado. Mas para hacer historia hay que recordar en la irrupción y en la lucha de los socialistas bolivianos a figuras meritorias del PIR, del Partido Socialista y de otros grupos políticos que con su prédica y su acción abrieron paso a la posterior rebelión del pueblo boliviano.

Este desconocimiento en masa de la realidad política y humana de 1930 a 1940 es inadmisibles. Céspedes no da contenido ni proyección histórica ni al PIR ni al Partido Socialista ni al Partido Republicano, que bien o mal gobernaron, y desde el llano, la prensa, la acción popular, el parlamento y el ejecutivo, intervinieron activamente en el proceso interno, como parte actuante de la historia nacional. Que el pueblo haya seguido finalmente al MNR por su mayor combatividad y capacidad de arrastre, no significa que los demás sean fantasmas.

* * *

La quinta: "Segunda restauración oligárquica y fundación del MNR". Yo llamaría a esta parte: "La insurgencia del pueblo boliviano. Porque no sólo irrumpe en este período el MNR, sino que actúan en él el PIR, el POR, el Partido Socialista, la Falange, el MNR, se socializa el Partido Republicano y nacen otras fuerzas menores de más proyección cívica que política. Verdad que las masas trabajadoras se expresan principalmente a través del MNR y del PIR. Mas para la crítica histórica —y éste es precisamente su mérito— el MNR no surge por generación espontánea en nuestro medio; brota de un movimiento multitudinario, de una conjunción de fuerzas dispares, batiéndose contra corrientes poderosas de opinión y hábiles líderes a los que supera a través de prolongada lucha. Esto dice la historia contra la fantasía política.

* * *

¿Cómo escribir nuestra historia? En primer lugar estudiando, investigando, clarificando el pasado con auxilio de las ciencias y de los procedimientos técnicos que hacen del trabajo histórico una disciplina especializada. Consultando las fuentes adversas y favorables, agotando el material documental, colocando a las personas no en el corazón del juzgador, sino en el cuadro vivo de su época. Reconociendo que el perspectivismo crítico supone tablas de valores diferentes según el tiempo, el lugar, la formación intelectual de los personajes estudiados. Conocido el cuadro general de la sociedad, analizar la mecánica de los hechos con visión circular, abarcando todo lo significativo y omitiendo sólo aquello que aparezca circunstancial: El movimiento de las ideas servirá de telón de fondo al desfile de sucesos y de hombres. Todo cuanto suponga estructura y proceso —estática y dinámica de los fenómenos— debe ser meditado si no expuesto, porque la historia fluye de sociedad, cultura e individuos, configuración indivisible cuyos elementos están en acción recíproca constante.

Una vez vencida esa larga etapa de elaboración instrumental, cuando el estudioso haya dado consistencia orgánica a los métodos de investigación, pasará recién a las síntesis dialécticas por las cuales se convertirá en intérprete de una época. Sin desconocer que la

filiación política es un punto de partida, la meta mira más alto: no se trata de juzgar y aniquilar a los demás, sino de comprender lo que fué. Se requiere, pues, elevación de juicio, severa objetividad, sentido elemental de justicia y hasta un ligero escepticismo para comprender que el relativismo histórico escapa a las reglas rígidas y a las definiciones geométricas. La vida no es una abstracción, no puede expresarse por fórmulas muertas, sino en el juego infinito y maleable de operaciones mentales sutiles. Muchas veces sugerir relieves lo histórico mejor que empaquetando dogmas y sentencias. El álgebra de ideas contrapuestas, las increíbles variaciones psicológicas del individuo, la ilógica de lo imponderable en política, las paradojas de la economía, los enigmas del azar burlando el esfuerzo de la previsión humana ¿no están demostrando que, a pesar de la autodeterminación del hombre y de los pueblos la historia es en cierto modo una teodicea creadora, que parte de lo oscuro, cruza por el hombre y culmina en la transfiguración espiritual del reino de Dios como expresa Toynbee?

No juguemos con lo histórico, que cuanto más profundiza el pensamiento con mayor humildad ha de acercarse al abismo en que aletea el designo divino.

No en vano Bolivia fue signada por el dolor y la desdicha. Interpretar el drama nacional es tarea superior a la explosión emotiva de un solo ciudadano.

Nuestros futuros historiadores deben ser hombres de ciencia y artistas a la vez: saber investigar, poder manifestar con belleza lo que se averiguó. Casi no hay divisoria entre el científico y el poeta para el gran historiador. Burckhardt, Mommsen, Taine, Ferrero, Symonds, Spengler, Sorokin, bajo la forma culta y elevada del estilista, desenvuelven las olas poderosas de un meditar profundo y sosegado. Buscan, encuentran, descomponen y estructuran sus áreas de investigación con ciencia tan precisa, que sólo halla pareja con el arte sutil con que revisten sus ideas: no hay fisura para hallar el secreto de la argamasa. Esplenden.

* * *

El secreto tal vez sea uno de vocación, de constancia, de valerosa consagración a la musa sublime, a la gran sibila que jamás agota sus enigmas.

La historia de Bolivia no tuvo todavía pluma digna de su hazaña.

Por eso nos alzamos contra quienes la rebajan al plano de crónica novelesca, de alegato partidista, de sátira agresiva.

* * *

Escudriñar el pasado no significa meterse en el corazón hombres y sucesos para triturarlos sin misericordia. Al contrario: corazón e inteligencia se sumergirán en él para rastrear la verdad con amor, con humildad. No hay operación más alta para el juicio crítico, que tratar de entender la selva humana en su inagotable riqueza y variedad.

De hombre a hombre, de gobierno a gobierno se forman las naciones. Los pueblos son continuidades vivas eslabones ligados entre sí. No hay negaciones absolutas ni afirmaciones rotundas. Espejismos. Para la mente clara del humanista y del cristiano —y quiero creer que Céspedes lo es aunque no lo confiese— la conciencia de lo relativo del conocimiento es el distintivo del alma moderna.

No es lícito pontificar: ni en física, ni en astronomía, ni en historia. La maravilla de la vida es que el hombre solo es un juguete pensante. Crea el mundo móvil de la técnica y las máquinas, mas no puede cambiar el destino de los pueblos ni desviar el curso irreversible de los hechos.

El historiador es el servidor, no el amo del pasado.

* * *

Bolivia se levanta, hoy, cuajada de dificultades y esperanzas. Tengo fe en que sus conductores y su pueblo podrán superar peligros con esfuerzo y sacrificio. Pero una fe nacional no brota de una filosofía de frustración y negaciones. Por esto he querido observar el enfoque equívoco y excesivamente apasionado de EL DICTADOR SUICIDA.

Si queremos ser dignos del futuro, comencemos por ser justos con el pasado.

La formación de la Historia Nacional, debe partir de un presente de verdad y de justicia. La investigación crítica severa y documentada. El juicio entero y meditado. Conocer para juzgar.

Que Augusto Céspedes gane nuevos lauros en política y en literatura. Le sobran condiciones. Que deje en paz a la historia: ni la ama ni la entiende.

La Gran Madre exige oficiantes devotos, abnegados. Porque sólo es digno de contar y aleccionar a los que vienen, aquel que fue capaz de comprender y hacer justicia a los que fueron.



POLEMICA CON PUNTO FINAL

Mi crítica al libro EL DICTADOR SUICIDA de Augusto Céspedes, determinó la respuesta de éste invitándome a señalarle sus errores. Lo hice en cuatro artículos que EL DIARIO reprodujo, apuntando algunos de ellos. Expuse también ciertos conceptos sobre historiografía y cómo debe hacerse el estudio de nuestro pasado.

Como se ve, se trataba de una discusión de ideas. Creo haber expuesto las mías serenamente, sin ánimo de herir, con el solo propósito de probar que en Bolivia distinguimos entre historia, novela y panfleto político.

El autor aludido ha replicado en tres artículos deshilvanados en que a falta de razones abundan dicerios, burlas y frases agresivas. La controversia intelectual me interesa, la reyerta literaria no. Es vicio muy sudamericano aquel de iniciar polémicas con galantería y terminarlas a capazos. En este punto no he de seguir a Céspedes: sus saetas y sus burlas van al vacío.

¿Qué se discute? EL DICTADOR SUICIDA. ¿Cuál es el fondo del problema? Qué es historia y cómo debe escribirse en este país. Céspedes, que en su primer artículo partió de ambas premisas, en sus tres nuevos trabajos se desvía de tema y sujeto: ya no se trata de defender su libro, sino de atacar la capacidad, la conducta y los defectos del escritor Díez de Medina. Menudo honor. El discípulo romano de Alcides Arguedas practica el mismo sistema del historiador difunto: injuriar y descalificar a sus críticos negándoles autoridad para juzgar. Así acabaron muchas de las polémicas de Arguedas; enfurecidos los insultados, insultaban a su vez, y a la postre ya no se discutían los libros del historiador sino las proezas públicas y privadas del escritor y de sus críticos.

Eso será muy divertido, pero lo juzgo indigno del grado de cultura que hemos alcanzado.

Dejo a un lado las provocaciones y prosigo en el campo que yo mismo elegí: la crítica serena, la controversia ideológica.

* * *

Los artículos de Céspedes, plagados de sofismas dialécticos, de artimañas interpretativas, de astucias verbales, no bastan para esconder la malignidad de su obra. Ella carece de consistencia histórica —repito— porque el cuadro general es incompleto, arbitrario, injusto, Se reciente de falta de información y de incapacidad para comprender a los personajes, Hay aciertos, pero son pocos. No abarca el desenvolvimiento verídico de la sociedad nacional, limitándose a un fresco desmañado de acciones, figuras y anécdotas enlazadas por el hilo inexorable del encono personal. No se ven hombres, sino muñecos. Tampoco el lento y trágico fluir de los acontecimientos históricos, sino el desfile de la comparsa criolla. ¿Que hay páginas verdaderas y escenas bien logradas? Aceptado, pero algunas páginas no hacen un libro. Por bien escrito, por divertido, por nutrido que aparezca éste de citas y sucesos, no exhibe el trazo cuidadoso del investigador sino el borrón iracundo del panfletario.

Ahogado por la hojarasca de su dogmatismo crítico y de sus rígidas abstracciones valorativas, cegado por el desprecio hacia el pasado, el autor de METAL DEL DIABLO es mal juzgador. Cuenta y dice las cosas a su sabor. Exhibir un documento poco supone, si se ignora o se calla diez sobre el mismo asunto. Unilateral, tendencioso y exageradamente apasionado, he aquí un relato que no puede alzarse a la altura del género histórico.

No es evidente que juzgue a Céspedes "incapaz de emitir un juicio serio". Lo que dije —y sostengo— es que para hacer historia no bastan la vehemencia política ni una buena pluma. Hay que tener vocación, un método de análisis, ecuanimidad para la síntesis reconstructiva.

* * *

En su táctica de contra-golpe, tan predilecta de los "figthers" que arremeten a bulto ciego, dice Céspedes que no tengo autoridad para juzgar un libro de historia porque no la conozco. Yo, antes, tuve expresado que el .autor de EL DICTADOR SUICIDA no es historiador.

Frente a esta recíproca descalificación que inhabilitaría a los contrincantes, que sea el lector, imparcial y equidistante de los contendores, el que defina el pleito.

No siendo posible exhibir la extensísima serie de errores y omisiones que contiene la obra de Céspedes, he aquí sólo un puñado de yerros y arbitrariedades, que restan exactitud histórica, ecuanimidad y profundidad apreciativa a su libro.

Son éstos:

En la pág. 28 dice que Koenig era "Canciller chileno". (Koenig no fue Canciller chileno sino Ministro de Chile en Bolivia).

En la pág. 107 llama "Junta de Gendarmes" al Gobierno Provisorio de 1930 formado por altos jefes militares: Blanco Galindo, Mariaca Pando, Osorio, González Quint, Lanza y Bilbao Rioja.

En la pág. 112 atribuye a Montes y a Salamanca haber "sugerido que se encierre en un presidio a los nacionalistas de Siles".

En la pág. 117 sostiene que Salamanca era un "cuervo subjetivo enfermo de ideas viejas, un simple patriarca indígena vestido a la europea".

En la pág. 120 afirma que Salamanca "sepultó al liberalismo". (Pero los gobiernos posteriores de Quintanilla, Peñaranda, Hertzog y Urriolagoitia se desarrollaron dentro de la ideología y del sistema. liberales, aunque adaptados a la época).

En la pág. 142 dice que "el Banco Central se dedicó al negocio de prestar al Gobierno". (Todo el mundo sabe que el instituto emisor contribuyó a financiar los gastos de guerra, sostuvo un hospital durante toda ella y organizó un taller de ortopedia para rehabilitar inválidos y heridos).

En la pág. 146 expresa que en 1935 "el único revolucionario fue Montenegro"!

En la pág. 151 define al expresidente Toro como "un talento semi-culto, cultivador de un gran ingenio, puestos ambos al servicio de una fisiología de Gargantúa".

Juzga así a un ex -ministro de Busch: (Pág. 160): "Como a soldados reclutó individuos de toda clase para colaborarle, sin ningún criterio de selección, ni político, ni siquiera antropológico. Tuvo ministros como Alfredo Mollinedo...".

Su opinión de los expresidentes de Bolivia no puede ser más insólita. Afirma en la pág. 162: "Saavedra trascendió con la agresividad del cholo en la política de la calle. La tozudez aldeana, la sabiduría de frases hechas del hacendado rural, y la negra indumentaria, fisonomizaron el ambiente de Salamanca. Toro sintonizó con sus carcajadas las contradicciones y resbalones que dió a su paso por el Palacio Quemado". (Omito otros juicios despectivos sobre otros ex presidentes).

A Gabriel Gosálvez, político y estadista de activa figuración de 1930 a 1952, lo describe tan injustamente en la pág. 164 que prefiero omitir el retrato.

En la misma página afirma que los Estrellas de Hierro fueron "expulsados de Palacio por antipáticos"!

A la diplomacia boliviana la descalifica de una plumada en la pág. 177: "Una diplomacia cuyo único antecedente consistía en haber casi liquidado el país con su ineptitud".

A un ex - Canciller y escritor nacional lo insulta torpemente en la pág. 181. (Omito esos insultos).

En la pág. 182, censura que los yanquis sanearan el itsmo de Panamá, porque "este hecho, desde el punto a de vista nacional, implicó un desmedro, porque privó a Panamá de las fiebres palúdicas, que constituían la única defensa contra la invasión imperialista"!!

De los Presidentes de Bolivia dice —refiriéndose a la "ignorancia teórica" de Busch: "De igual insipiencia, aunque forrada de doctorismo, adolecieron todos los presidentes". (Pág. 192).

En la pág. 195 afirma: "Todo parlamento es nada más que una masa cuyo valor reside en sus líderes". Pero en la pág. 203 señala la aparición "del embrión de la multitud consciente". (En qué quedamos: ¿la masa es o no es consciente?)

El coloquio imaginario de la reunión de generales en la cual se habría acordado tomar el poder después de la muerte de Busch (págs. 221 y 223) es de tal manera falso, burdo y de mal gusto, que resulta indigno de un libro de historia. Considera a los generales con alma y mente de recluta.

Por la pág. 234 afirma que Salamanca era "un mayordomo de la política explotadora de Bolivia".

El retrato de José Antonio Arze (pág. 233) es protervo e injusto. Ignora sus luchas ideológicas y políticas.

El libro niega y deprime sistemáticamente al Partido Socialista y al PIR. Este se fundó en 1940, cosa que Céspedes desconoce.

De la cultura nacional nada se dice.

He dado, repito, sólo un puñado de yerros y exageraciones de EL DICTADOR SUICIDA, que está alfombrado de ambos.

Ahora cabe preguntar: ¿a un escritor que piensa y escribe con tal furia y superficialidad se le puede llamar historiador?

* * *

No es razonable la cólera de Céspedes por haber criticado su obra. En más de 25 años de actividad literaria, muchas veces mis libros fueron criticados favorable y adversamente, sin que jamás me hubiera yo indignado con los censores. Antes bien: sigo creyendo que una crítica sana vale por diez elogios.

Un libro, salido de prensas, ya no pertenece al autor sino al público. Nadie está obligado a compartir lo que dice el escritor. Si el ángulo de apreciación fuera el mismo para todos, no seríamos hombres sino carneros. La suficiencia es mala consejera en literatura. Esto es lo que le falta aprender al señor Céspedes.

Deseo, sinceramente, que el segundo tomo de su obra corra mejor fortuna que el primero. Pero si históricamente es tan malo como éste, volveré a emitir mi opinión contraria.

No juzgué lo que dice del decenio 1930-1940 por falta de tiempo y espacio. Si desmontar sólo un capítulo —el V— me tomó varios días, esto supondría varios meses, pues se trata de una montaña de errores y dislates.

¿Que yo pretendo "poner a flote los valores hundidos del libero-socialismo boliviano?" Golpe bajo, señor Céspedes, y golpe falso. No defiendo a los regímenes liberales que políticamente combatí, pero el ser nacionalista no me impide pensar rectamente al juzgar a los demás. Esos "valores hundidos" parecen tan firmes, que veinte años después de su tránsito terreno, quitan el sueño al detractor.

Lo de las 80.000 latas de alcohol que precipitaron la caída del liberalismo, fué tomado de mi libro PACHAKUTI (1948).

El 4º artículo de Céspedes es totalmente tendencioso. Lo dejo a un lado.

* * *

El talento más eficaz —sostiene un historiador— es la simpatía. Corazón e inteligencia son obreros de la Historia, y para representar la vida humana, tan varia y compleja, debe uno imponer a su talento todos los ritmos y todos los tonos. Céspedes sólo conoce el ritmo del desprecio y el tono de la burla. Empequeñece la historia. Por eso digo que EL DICTADOR SUICIDA es un novelón romántico, melodramático, digno de las exageraciones de HERNANI y de las proezas de Jack el Destripador, que no dejaba títere con cabeza.

Definiciones doctrinarias, capciosamente aplicadas al medio nacional, no bastan para reconstruir el pasado. Historiar no es definir posiciones sobre el papel. Entender a los hombres es más importante que aprender las ideologías en boga. Quien no manejó asuntos de Estado no llega a comprender ni a políticos ni a estadistas. Existe una anatomía de la historia que está por encima de las discusiones de cantina y de los chistes de café. Las fórmulas abstractas del luchador partidista se desvanecen frente a la complejidad de las fuerzas vivas del mundo, que rebasan el esquema geométrico del fanatismo razonador. El descalificador número 1 será el último de los historiadores. El resentimiento y la negación sistemática invalidan al intérprete del pasado. Hay un talento natural de pensar bien inherente a la función del juzgador. ¿Más cómo puede ser buen juez quien es, a la vez, parte y litigante encarnizado?

Historia no es sólo certeza, buen sentido, crítica y lógica. Hace falta ecuanimidad para apreciar los hechos y los caracteres. Y hasta un lirismo adivinatorio, en cierto sentido, ya que al cabo el estudio del pasado a más de una disciplina de la inteligencia, puede aspirar a convertirse en un poema creador por su elevación y su belleza formal.

* * *

Creo que seis extensos artículos sobre EL DICTADOR SUICIDA ya traen fatigado al público. Dije todo cuanto debía decir, aunque habría mucho todavía por desmontar y analizar.

No soy "admirador incondicional" ni "apologista" de nadie: Sólo amigo de la verdad y de lo justo. Políticamente se pueden decir y hacer muchas cosas. Pero en historia no es sensato

echarle toda la basura al muerto. La visión del jacobino siempre será corta para abarcar el pasado boliviano.

Polémica y punto final. Digan los lectores quién estuvo en lo justo y quién equivocado:

V

ACHACHILA –KURSANI

Es un cerro cónico, que se yergue agudo y armonioso, setenta kilómetros al suroeste de La Paz.

Partimos a su encuentro, ligeramente descorazonados, porque un collar de nubes cierra la cordillera.

—Es el sitio más impresionante para atisbar el neverío andino —ha dicho un amigo—. Se divisa el corte que hace el río en la montaña: cinco mil metros verticales: y el "Illimani" se mira cara a cara...

¿Que más para mover a tres aventureros?

A mitad de camino, entre colinas y hondonadas, nos detiene la sed. Mientras pelamos mandarinas, un sonido lejano parece poblar la soledad del paisaje. Avanzamos hasta dar con el inesperado tocador. Un indiecito de tierna edad sopla su quena, en tanto arrea sus ovejas. Es un son dulce, melancólico, sencillo. Esta música escondida del Ande, sorprendería al compositor más exigente. Sacude el corazón, lo hace andar de prisa. ¿Cómo puede un niño indio que acaso ignora la civilización, abrir puertas inéditas como las que franqueamos la primera vez que se escuchó el "Für Elise" o la "La Fantasía Cromática?" No se sabe, pero puede. Cuando nos divisa, el tocador de quena se aleja lentamente, se sumerge en la tierra y en el sonido; nada exterior existe para él. Se pierde y reaparece entre la suavidad de las colinas, modulando con dócil facilidad una melodía que acongoja y reanima al mismo tiempo el alma. Es tan extraña, tan pura, como si un Ángel nos hubiera tocado en el hombro... Nunca más volveremos a escuchar este aire indio, porque estos mensajes nocturnos no llegan a la ciudad. Pero aunque el tema se pierda, persistirá la emoción de su misterio.

Un indiecito, una quena en la mañana invernal, y es como si la árida meseta se hubiera transfigurado en un pozo de dicha y penares encantados.

Reanudamos el viaje.

José venía hablando del terror de regresar al polvo, de los anuncios fatídicos del Eclesiastés. Gonzalo evocó en brillante síntesis la angustia de Kierkegaard: vivimos preguntando y nadie nos responde. El hombre es inútil, pasa. Nada tiene sentido. Un complejo de culpa nos abrumba. La existencia prevalece sobre el conocimiento. ¿Por qué, para qué?

Pero el niño de la quena ha señalado un camino. Ese son, esos aires que se cuelan por el pequeño tubo de caña, tienen diez mil años; se repetirán diez mil más. El hombre soplará en ella su dolor, su alegría, sus esperanzas; siempre, mientras una sandalia huella el duro altiplano. Porque el hombre es útil, eterno su accionar aunque mude de criatura en criatura. Todo tiene sentido y enlaza con pasados y futuros a través de la experiencia viva.

—Es un ultraje a la naturaleza filosofar en esta mañana de gloria —ha dicho José—. ¡Mira admira!

Gonzalo se encocora:

—Al contrario: mira y analiza. La gloria de la naturaleza es que el hombre se eleve sobre la bestia meditando. Porque somos Inteligentes debemos inquietarnos.

El automóvil comienza el ascenso de la cuesta que lleva a la "apacheta", el lugar que buscamos. De pronto, al tomar una curva cerrada, un gigante nos cierra, el paso: las nubes se han desflechado y el "Illimani" surge en toda la pesadumbre de su gloria.

Gritamos, los tres, de entusiasmo. Corta es la palabra para traducir la experiencia. Dos, tres segundos y la magia del hecho se evapora. Como el aire inesperado de la quena, nunca volverá; porque ese primer impacto del espíritu con el monte es uno, relampagueante, no repetible. Y también el coloso deja huella en el alma: ese brusco aparecer, ese telón de nieve que cubre el cielo y amenaza devorarse la tierra, esa, presencia aterradora de un poder súbito y augusto.

Sólo un encuentro así, brusco, sorpresivo, por la intensidad de lo sentido, puede acercar la inteligencia del varón moderno a la sensibilidad del hombre antiguo. Ciertamente: ellos adoraron las montañas nevadas, porque las sentían, las vivían en función de deidades benéficas o punitivas.

Viajando por el altiplano "Illimani" es el gigante de las mil sorpresas. Lo sabe y lo sugiere todo.

A las diez de la mañana señoreamos la cumbre de la "apacheta".

¿Cómo descubrir la emoción indecible del paisaje?

El río de La Paz cavó tan hondo, que se divisa el abismo dos mil metros abajo. Sobre ellos, el monte se empina tres mil más. La primera mirada al paredón de cinco mil metros verticales abrumba. Sitio fantástico: no debe existir nada igual en el planeta, ni geológica ni estéticamente. Aquí la corteza terrestre tiene relieves y depresiones de magnitud metafísica. Vese un galope de montañas, un pasmo de volcanes extinguidos; y sobre el convulso mar geológico, una procesión huracanada de masas y de formas. La "apacheta" se halla a mitad de camino entre la cumbre y el abismo. Un mayestático telón de nieve corona el paisaje, este mirador ideal que circunda la cordillera en un arco poderoso festoneado de nubes. Más que ver se adivina los perfiles semivelados de los titanes: Mururata, Chacaltaya, Condoriri, Huayna-Potosí, Sorata. Sólo Illimani luce en plenitud su formidable contextura. Al sureste emerge la cordillera de Araca. Es un laberinto orográfico.

Fascina el escenario, tiene mil sugerencias y diez mil motivos para absorber la imaginación. Pero en medio del encrespamiento montuoso la mirada vuelve siempre al promontorio eminente que sirve de ara propicia al Illimani, que no es sólo una montaña, sino, como refiere el kolla:

"Illimani-Culcachata": la sierra hecha de nieves. Sobre esa serranía gigantesca que de La Paz apenas se presiente, se levanta el reino fantasmal del monte augusto.

—Detrás de esto está Dios —prorrumpe Gonzalo.

—¿Detrás? corrijo yo—. ¡Esto es Dios!

Vista así, cara a cara, en su magnífica y dilatada extensión, aterra. Al primer contacto avasalla el espíritu; nos negamos a reconocer tamaña majestad. Encaramado sobre un coro de montañas, el nevado gobierna como un emperador geológico el paisaje. Sin hipérbole, "Illimani" es la montaña más hermosa del mundo. El escenario que la rodea y la enaltece tiene de sobrenatural. Diríase que la mano divina modeló el encrespamiento de la tierra.

Hemos leído a Esquilo, a Tamayo, trozos del "Nayama", en medio del paisaje vertiginoso. Frente al Caudillo del Ande, rodeados por el misterio gravitante de la Cordillera, sentimos una emoción nueva. Nos parecía asistir al regreso de los dioses abolidos.

—De tanto habernos de ellos, nos harás consentir finalmente que existen —dice José.

Pasa un indio. Le interrogamos: ¿cómo se llama este lugar? Se llama "Achachila-Kursani", es decir: el sitio donde está o por donde pasa el Abuelo. Del cerro cónico, de

ancestrales sugerencias, brotan memorias olvidadas: tiempos desvanecidos, imperios fabulosos. ¿Qué sabe el moderno de la proeza antigua, cuando hombre y naturaleza se midieron pariguales?

Titikaka, Tiwanaku, Illimani, Illampu: son las fronteras de un mundo mágico. Saber buscarlos, poder encontrarlos en la libre majestad del Ande.

De pronto una sombra se proyecta en el duro suelo. Alzamos los ojos, y un cóndor pasa atropellando al viento.

Cojo el "Zeiss" para seguir sus evoluciones. Es de tamaño insólito, Las alas extendidas en soberbia plenitud planean libremente por el aire. Una gola hermosísima le ciñe como anillo níveo el cuello; por ella asoma la cabeza inquieta, inquisitiva, avizorando el horizonte. El plumaje, oscuro, hace resaltar los tonos sepia de los remos. Pasa encima de nosotros, se aleja, retorna, desciende hasta unos cincuenta metros, y luego de trazado un gran viraje se interna en el vacío. Entonces puedo ver que tiene el dorso de las alas completamente blanco.

—¡Es el "Kuntur-Mallku"! —grito enardecido.

Y Gonzalo, sonriente, añade:

—Eres brujo: porque sólo una vez en la vida se ve al "Mallku". Pídele algo, te lo dará.

He pedido descubrir el rastro de la teogonía andina.

Gonzalo, que tiene rasgos de castellano y de andaluz, estalla en un homenaje lírico:

—¡Honor a los conquistadores españoles que dominaron con su solo coraje este paisaje estupendo! Hablamos español...

Una risa burlona y José le responde:

—Ese indio que nos mira no entiende tu español.

Una vez más hemos sentido que la montaña ha sido hollada pero no entendida por Europa.

Nosotros, los mestizos de hoy, los americanos de mañana, presentimos que la verdad, la fuerza, el sentido revelador de estas comarcas arrancarán del sillar ciclópeo del Ande inmemorial. Montañas que semejan hombres acrecidos y petrificados en la roca. Hombres que parecen reducidos y endurecidos a la mineralidad de piedras milenarias.

El mito andino resuena poderosamente y mueve la fantasía.

No es el influjo de "Pacha-Mama", la deidad femenina, insinuante del quechua bizantino del Cuzco. Es la voz fuerte y lejanísima de "Pacha", dios varonil, enérgico del aimára primitivo que habitó el Kollao legendario. ¿No levantó el suelo mismo sus altares de nieve sumiendo en confusión al poblador?

Es que los nevados son "Achachilas", abuelos remotísimos de un pasado inalcanzable.

Gonzalo y José, agudos, penetrantes, se trenzan en discusión empeñosa, sueltan cosas sugestivas, llenas de contenido y de color.

Yo los escucho distraído, más atento al río de emociones que el paisaje vuelca en mi sangre.

Soñamos, soñamos...

Alguien narra un viaje nocturno por esta misma apacheta, la noche de San Juan. Un collar de fogatas ceñía las faldas del monte. Y al subir de la quebrada de Sapahaqui, La Paz destellaba al fondo como una princesa dormida en lejanía...

Sonrío, me callo. No quiero discutir. No es la princesa rubendariana. Es el gigante lo que hay que despertar en la meseta misteriosa y resonante. El gigante indio, la proeza telúrica.

Merendamos. Gonzalo y José fuman, leen versos, siguen discutiendo. Yo trepo a un peñasco y azotado por el viento punero absorbo la belleza salvaje de este paisaje elemental.

Esto es verdaderamente el Ande. La cordillera en todo su esplendor y su pavor. Frente al Dios de Nieve, flanqueado por el abismo y el mar de piedra que se dilata en el confín; golpeado por el viento que desmelenas sus furiosos sin descanso; fascinado por el vuelo del "Mallku" que aun ausente regresa; empujado en un peñasco bravío, solitario, el hombre se siente partícipe del abolido culto a la montaña.

José, abajo, grita alborozado, empeñado en descubrir lugares con el "Zeiss":

—¡Allí está Huaricana. Esa manchita verde es Cohoni!

Después resulta que no son Huaricana ni Cohoni, pero José sigue poblando el paisaje con sus descubrimientos. Gonzalo cuenta sus proezas de minero, sus días de infancia en las tierras mágicas de Cinti.

Amigos... ¿Qué les reservará el destino? Uno sueña con las ansias del financista. El otro será político. Y nos une el hilo de seda de la inquietud: viajes, aventuras, sueños, esa angustia secreta de actuar y de surgir que todo varón lleva anclada en el alma.

Desde la "apacheta" de Achachila-Kursani se mira el mundo de otro modo, en distinta dimensión. Para estos pueblos-cóndores, prendidos en las laderas illimánicas, no cuentan tiempo, velocidad, técnica ni máquinas. Mineral, visceral arquitectura, como si asistiéramos al trabajo detenido de un taller de cíclopes. Estos ventisqueros azulados. Estos picos agresivos de tonante señorío. Esta marejada petrificada del altiplano. Esta soledad, esta inmensidad, esta perennidad siempre igual a sí misma... Morada y poblador transcurren evadidos del vértigo actual.

"Illimani". Dicen que otro de sus nombres legendarios quiere decir: "El Más Grande de los Cóndores". ¿Y por qué el monte insigne, que visto de lejos es toda belleza y armonía, de cerca insurge brutal, salvaje, como el escenario encrespado que lo circunda y lo empuja hacia lo alto?

Achachila-Kursani. El mirador más excelso de los Andes.

Siento que esta noche no podré dormir. Un mar alborotado de olas y espuma, cumbres, filos y vacíos se agitará en mis sienes. Porque aquel que encuentra su verdad, entiende la vibración del cosmos; y el que entiende el cosmos pierde el sueño.

La montaña. El cóndor. El abismo. Una senda que se descuelga hasta la quebrada. El viento colérico, constante. Indios que pasan solitarios, herméticos; que brotan y vuelven a sumergirse en la tierra misericordiosa. Lontananzas escalonadas en el misterio de las lejanías.

Desde el sitio donde está el Abuelo, podemos presentir la poderosa soledad, el infinito silencio, la huraña grandeza de este imperio geológico.

"Jacha-Tata-Illimani": Gran Señor Illimani, este es ciertamente, el reino de la verdad telúrica.

Y hemos regresado a la noble cavidad paceña llenos de fuerza, de alegría, de esa inquietud alucinante que hermosea las mejores horas de la vida.

—Nadie vió realizado un sueño —afirma el escéptico.

—Si visitáis La Paz, subid a la "apacheta" cónica de Achachicala-Kursani —contesta el soñador.

Y entonces sabréis que de nieve y roca se hicieron los sueños de la cosmogonía andina.

No hay paraje de mayor fascinación para mirar y comprender el Ande.

Y un abuelo fabuloso refiere a quien sabe oír que no en la historia ni en filologías, más en la orogenia primordial hay que buscar el rastro del tiempo mítico.

Porque está escrito: en habla de montaña sube y se transfigura la América del Sur.



© Rolando Diez de Medina, 2004
La Paz-Bolivia

COMENTARIO

FERNANDO DIEZ DE MEDINA
Gran Premio Nacional de Literatura. 1950

Obra de pensador y de artista, refleja la intensa vibración espiritual de su autor. Beethoven, los dioses telúricos del Ande, libros y escritores de Bolivia, ideas sobre la dignidad del pensamiento, la famosa polémica con Augusto Céspedes sobre cómo ha de escribirse la historia nacional, temas continentales, todo se agita y entremezcla en este libro ágil de sugerencias, que consagra el prestigio de uno de los mejores escritores de América. Baste mencionar que Diez de Medina colabora en revistas y diarios de Francia, España, Estados Unidos, Colombia, Venezuela, Argentina, México, Chile y Perú.

----- O -----

FANTASIA CORAL

Ensayo
Crítica
Polémica

Desaparecido Franz Tamayo, es Fernando Diez de Medina el primer escritor nacional.

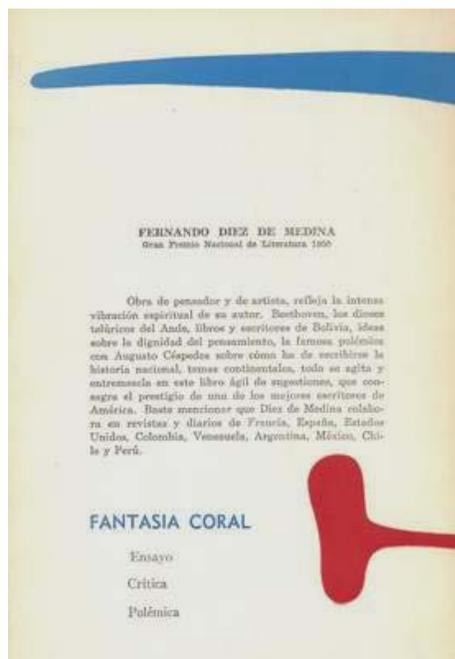
Si el juicio pareciera hiperbólico, ahí están, para confirmarlo, una vida consagrada al estudio, a la lucha civil, a la discusión de los problemas nacionales. Removedor de ideas, al modo unamunesco. Profeta y filósofo de un indianismo espiritual. Conferencista, polemista, crítico penetrante, animador y actor en el proceso evolutivo del pueblo boliviano. Pensador vigoroso y original, esteta profundo y delicado, Diez de Medina conjuga las altas responsabilidades del conductor intelectual con los primores del artista.

Ganó el Gran Premio Nacional de Literatura en 1950 y su fama ha trascendido al exterior. En Europa y en las tres Américas se le considera como una figura de jerarquía continental.

Autor de la Reforma Educacional —con otros eminentes educadores nacionales— y del "Código de la Educación Boliviana", es actualmente Ministro de Educación, cargo desde el cual propulsa un renacimiento de la cultura y de las letras bolivianas, dirigiendo personalmente la revista "Cordillera", que hace honor al país.

Diez y seis libros publicados abarcando una pluralidad de géneros que demuestra la versatilidad de su inteligencia, dan a Diez de Medina autoridad de maestro y creador en nuestra literatura.

Al publicar estos trabajos críticos y polémicos sobre temas de América y de Bolivia, que el autor ha querido preceder con un brillante estudio beethoveniano y cerrar con una conmovida evocación del paisaje andino, Editorial "Juventud" presenta a este notable escritor, considerado como uno de los mejores estilistas del Continente.



[Inicio](#)